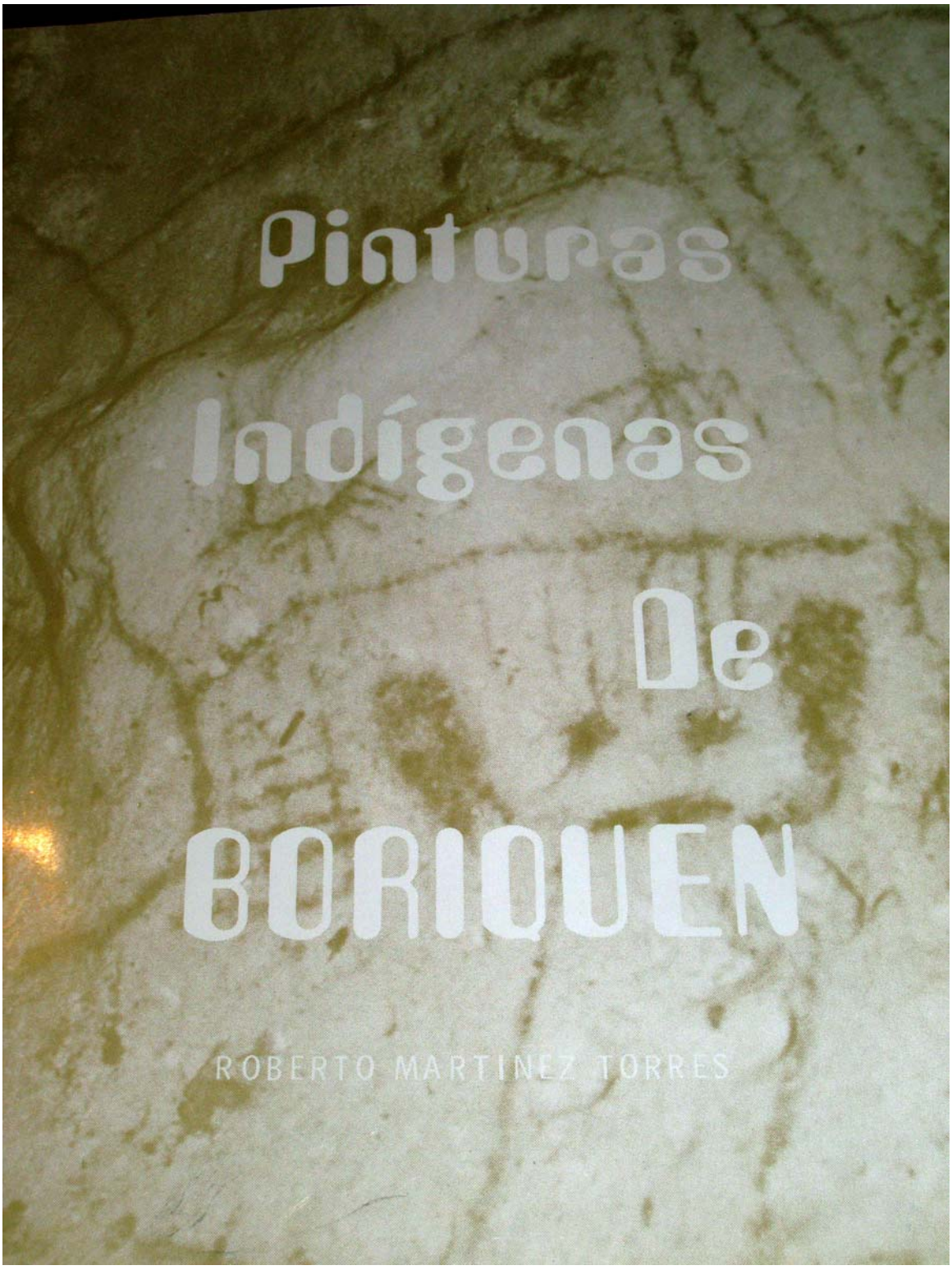


Special Issue Spring 1981

Pinturas Indígenas De BORIQUEN

Para el amigo Daryl P. Domnings, en Morovis, P.R. a 7 de mayo de 1952
Roberto

ROBERTO MARTINEZ TORRES

Ediciones

MAPA

MOROVIS ,1981

ROBERTO MARTINEZ TORRES

NATURAL DEL BARRIO BARAHONA DE MOROVIS, PUERTO RICO, DONDE NACE UN 20 DE MAYO DE 1952. ALLI CURSA ESTUDIOS DE ESCUELA ELEMENTAL E INTERMEDIA Y PASA A MANATI DONDE SE GRADUA DE ESCUELA SUPERIOR. CURSA ESTUDIOS UNIVERSITARIOS EN LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO DONDE SE GRADUA DE BACHILLER EN ARTES EN EDUCACION CON ESPECIALIDAD EN HISTORIA Y GEOGRAFIA. SE DESEMPEÑA COMO MAESTRO DE ESCUELA PUBLICA EN SU PUEBLO NATAL Y EN EL VECINO PUEBLO DE FLORIDA. SE HA DEDICADO DESDE SUS AÑOS DE ESCUELA INTERMEDIA AL ESTUDIO DE LOS FOSILES DE SU PUEBLO, SOBRE LO CUAL HA PUBLICADO EL FOLLETO TIBURONES EN MOROVIS. HA TRABAJADO EN LAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DIRIGIDAS POR OVIDIO DAVILA DAVILA EN MANATI Y MOROVIS. ES FUNDADOR DE LA AGRUPACION PALEONTOLOGICA Y ARQUEOLOGICA MOROVEÑA Y HA EDITADO DURANTE TRES AÑOS LA REVISTA EL MAPA, BOLETIN DE LA AGRUPACION QUE DIRIGE JUNTO A UN GRUPO DE MOROVEÑOS INTERESADOS EN ESTA TEMATICA. RESIDE EN BARAHONA, MOROVIS.

PRO

A

A LA IZ
APRECIA
RAS RUP
RADAS D
MISMA F
LA CUEV
ALMIRAN
LOCALIZ
MUNICIP
CON EL
MOROVIS
NOCIA H
FUE REP
VEZ AL
EX-ALUM
PERIOR,
RODRIGU
POLICRO
(FOTO D

DISEÑO 16
CATALOGO
PINTURAS

PAGINA 2

ROLOGO DEL AUTOR

Traemos hoy al pueblo boricua un tema que ya hemos tratado brevemente en las páginas de EL MAPA, el Boletín de la Agrupación Paleontológica y Arqueológica Moroveña (A.P.A.M.). El tema es el Arte Rupestre de nuestros indios, nuestros antepasados, Primogénitos de Boriquén. Y el Arte Rupestre no es otra cosa que todo aquello que nuestros antepasados dejaron dibujado, grabado o pintado en rocas aisladas a orillas de algún río, en los monolitos que se erigían a la orilla de las plazas ceremoniales, en las paredes o solapas de algún refugio rocoso o bien en las paredes de cuevas y cavernas.

El arte rupestre se compone de petroglifos (diseños grabados a fuerza del cortafríos y el marrón indígenas), de pictografías (pinturas en colores negro y rojo que se trazaban con un carbón o con el dedo o las manos sobre la roca) y pictoglifos (una combinación de los dos anteriores, es decir: grabados retocados o completados con pintura).

Hasta hace sólo unos años se consideraba a las Antillas Mayores, específicamente a Santo Domingo, como el lugar donde se había descubierto la muestra más representativa del arte rupestre indígena del Caribe. De ese entonces hasta hoy se ha trastocado esa visión pues se ha descubierto en las selvas moroveñas una serie enorme de manifestaciones de arte rupestre que colocan a Puerto Rico como el Baluarte de este tipo de manifestación cultural de nuestros antepasados en toda el área Antillana.

Ello ha sido así luego de los descubrimientos realizados por el autor junto a jóvenes aficionados a la arqueología y paleontología puertorriqueñas, y que fueron posteriormente estudiados sistemáticamente por un arqueólogo profesional puertorriqueño de amplio reconocimiento localmente e internacionalmente: el Señor Ovidio Dávila Dávila.

La Odisea que llevó a denominar a Morovis como el Altamira Jíbaro y sus pormenores, de los cuales el autor fue parte activa, es el tema que nos ocupa en el presente trabajo. Este es el Diario de las Expediciones Arqueológicas dirigidas por Ovidio Dávila Dávila. Sin su ayuda y estímulo el presente trabajo no estaría en manos de los amables y perseverantes lectores, a quien le deseamos lo disfruten.

DE IZQUIERDA A DERECHA: ROBERTO MARTINEZ TORRES, SR. OVIDIO DAVILA DAVILA Y CESAR OCASIO SANTA.

A LA IZQUIERDA SE PUEDE APRECIAR UNA DE LAS PINTURAS RUPESTRES MEJOR ELABORADAS DE PUERTO RICO. LA MISMA FUE DESCUBIERTA EN LA CUEVA MALDITA DEL BARRIO ALMIRANTE SUR DE VEGA BAJA, LOCALIZADA EN LAS LINDES MUNICIPALES DE ESE PUEBLO CON EL BARRIO UNIBON DE MOROVIS. EL HALLAZGO SE CONOCIA HACIA DECADAS PERO FUE REPORTADO POR PRIMERA VEZ AL AUTOR POR UNO DE SUS EX-ALUMNOS DE ESCUELA SUPERIOR, EL JOVEN ANGEL RODRIGUEZ. LA PINTURA ES POLICROMA (ROJO Y NEGRO) (FOTO DE OVIDIO DAVILA).

DERECHA: LA PINTURA RUPESTRE QUE MEJOR SE HA CONSERVADO EN LA CUEVA MALDITA. SE TRATA DE UN MOTIVO ZOOMORFO EN ROJO. FUE TRAZADO SOBRE LA ROCA DEL REFUGIO ROCOSO UTILIZANDO PROBABLEMENTE LOS DEDOS.(NUMERO158 EN EL CATALOGO).

ABAJO: PINTURA RUPESTRE DE LA VUEVA MALDITA. PINTADA EN NEGRO. (NUMERO 156 DEL CATALOGO) FOTOGRAFIAS DE ROBERTO MARTINEZ TORRES.

¿Cueva Maldita o Sagrada?

Corrían los calurosos días de septiembre de 1975, y entre uno u otro tema de la clase de Ciencias Terrestres, se alternaba con breves comentarios sobre las excavaciones arqueológicas que se venían realizando para entonces en las márgenes del río Manatí, donde hacía días se rumoraba que allí se había descubierto toda una ciudad de los indios, lo que excitaba la mente de los amantes y curiosos de la arqueología boricua.

Se mantenía un clima de efervescencia entre los alumnos del curso, los cuales llegaron a visitar junto al profesor, el lugar de los trabajos arqueológicos, que eran dirigidos por el Señor Ovidio Dávila Dávila, a la sazón, Arqueólogo del INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA, y eran auspiciados conjuntamente por el FIDEICOMISO DE CONSERVACION DE PUERTO RICO, entidad dueña de los terrenos donde se encontraba el yacimiento, y que en siglo pasado formó parte de la Hacienda La Esperanza, una de las haciendas más prósperas de la isla entonces.

Justamente en las márgenes orientales del Río Grande de Manatí y [illegible] a la playa en la desembocadura del [illegible] se había descubierto un gran poblado indígena, el cual consistía de un cementerio y cerca de seis plazas ceremoniales hasta entonces irreconocibles.

PAGINA 5

que hacia perfilar el yacimiento como el más importante de su clase en toda el área Norte-Central de la isla.

Había acabado de pasar la tormenta Eloísa, dejando a su paso innumerables estragos en el suroeste de la isla y de paso, retrasando por unos meses las excavaciones en el yacimiento del barrio Tierras Nuevas de Manatí. A pesar de todo, el paso del poderoso HURACAN abrió paso a toda una nueva serie de descubrimientos que muy bien pueden considerarse, a nuestro entender, el más grande descubrimiento arqueológico de la última década.

Todo había venido como por añadidura, pues entre los comentarios en el salón de clases surgió un comentario de uno de los alumnos del barrio Almirante Sur, barrio que colinda con el barrio Unibón de Morovis, situado en las márgenes del río del mismo nombre. El estudiante decía conocer una pequeña cueva donde había también dibujos de los indios.

Yo les explicaba que nuestros antepasados decoraban sus lugares de veneración con grabados en las paredes y en las piedras, y que lo hacían con instrumentos de piedra, haciendo perforaciones seguidas hasta terminar determinado diseño, los cuales podían ser representaciones de diferentes deidades o bien símbolos o inscripciones, de los cuales sólo se podían hacer conjeturas.

Pero los estudiantes de Almirante no me hablaban de grabados en la piedra ni mucho menos, sino de dibujos, de pinturas, lo que para mí resultaba un poco extraño, porque yo no conocía que nuestros indios hicieran pinturas.

Medio incrédulo pero mordido por la curiosidad, decidí acompañar a mis informantes hasta el lugar de los hechos, lo cual hicimos inmediatamente después de terminadas las horas de clases de la mañana.

Llevaba en mente la duda de si podía existir otra manifestación del arte rupestre de nuestros indios aparte de los petroglifos, o grabados en la piedra, de los cuales yo había bastantes anteriormente en las cuevas de mi barrio. Tuve la oportunidad de desengañarme luego que salvamos el pequeño trillo que conduce a la entrada de la cueva.

Habíamos llegado a la Cueva de Juanito, como se la conocía localmente dado que así se llamaba el vecino más cercano a la cueva. No era más que una solapa, en el decir de mi abuelo, y para mí lo era también, pues estaba acostumbrado a caminar por las cuevas de Barahona que medían hectómetros. No parecía que la cueva encerrase nada en especial, hasta que entramos y comencé a ver las pinturas que me señalaba el estudiante.

Las mismas se hallaban desplegadas sobre la pared que era el techo de la solapa o refugio rocoso. Eran discernibles una serie de rostros en color negro y rojo opaco, ya algo desteñidos que parecían gris y anaranjado. Pero resultaban inteligibles algunas de ellas y eran semejantes a rostros y formas animales. Había otras muy deterioradas o mutiladas, que daba pena pensarlo, pero constituirían probablemente los motivos más elaborados.

Ello suscitó en mi la interrogante de por qué se hallaban en aquel estado de deterioro y me contestaron que aquello había sido obra de los muchachos del vecindario, que al descubrir que aquello podía tener algun valor acudieron con navajas y cuchillos a desprenderlas de la pared donde se hallaban para llevárselas a sus maestros "para acumular puntos".

Pensé para mis adentros que había llegado muy tarde, y me consolé con tomar varias vistas fijas del lugar y de las pinturas más claras, al menos para conservar un vago recuerdo de lo que muy bien pudo haber constituido un hermoso mural del arte rupestre de nuestros antepasados, y para mostrarlo como ejemplo y advertencia a los que posteriormente se encontraran con algo similar y supieran qué hacer. Pensé que muy poco o nada se podía hacer ya, pero pensé que a la primera oportunidad que tuviera de entrevistarme con el señor Ovidio Dávila, le comentaría sobre el hallazgo.

Así lo hice y mi narración motivó en él un gran interés por visitar la cueva, y de inmediato se acordó hacer un viaje de exploración al barrio Almirante Sur de Vega Baja.

Una mañana partimos del barrio Tierras Nuevas en Manatí, lugar de las excavaciones arqueológicas mencionadas, y nos dirigimos a la cueva de las pinturas. Inmediatamente que entramos comenzamos a examinar las pinturas. De inmediato el señor Dávila las identificó como auténticas y originales pinturas rupestres indígenas. Se procedió de inmediato a tomar una serie de fotografías, labor que resultó sumamente incómoda debido a que era necesario acostarse de espaldas en el suelo y yacer allí sobre guijarros y vidrios rotos, producto de las andadas de los que visitaban la cueva.

Fue durante esta primera exploracion que me enteré de la existencia de la película infrarrojo, la cual se pensaba utilizar para fotografiar las pinturas, pues de esta forma se podían revelar detalles de las mismas que se le escapaban al ojo humano. Mediante este método tan nuevo se podían obtener mejores impresiones de las pinturas más deterioradas y pensé entonces que no era tan tarde como me había imaginado.

Con tal proyecto en mente se ideó una segunda visita a la cueva, labor que requeriría mucho tiempo y equipo apropiado.

En una segunda exploración al lugar se dedicó la mayoría del tiempo a la labor fotográfica, trabajo que se realizó de forma similar a la primera exploración, con la relevante diferencia de que se disponía de rollos de película infrarrojo.

Ya el yacimiento había adquirido cierta relevancia en términos arqueológicos, pues se trataba del primer yacimiento donde se descubrían pinturas policromadas, es decir, de varios colores: rojo y negro. A pesar de los pocos recursos y escasez de tiempo se realizó un buen estudio del lugar, tomándose en consideración que este tipo de trabajo era uno de pioneros, pues se utilizaba por primera vez allí la película infrarrojo para fotografiar pinturas indígenas.

Mientras Ovidio y el señor Ocasio que lo acompañaba en esa ocasión se dedicaron a la labor fotográfica, yo me entretenía buscando cualquier indicio de la presencia de grabados rupestres en el lugar. Estuve palpando por largo rato las rugosidades de la roca del refugio y despegando el musgo que allí cubre casi totalmente las paredes exteriores e interiores de la cueva. Fue así que pude ir reconociendo una serie de ondulaciones en la pared que insinuaban que habían sido hechas por la mano humana. Las mismas se extendían a lo largo de la pared y guardaban una forma serpentina, especie de zig-zags paralelos. Aunque se

me sugirió que podia ser "la huella de un comejen" sobre la roca, seguí buscando hasta que encontré que ambas rayas se juntaban arriba y circumscribían varias depresiones que coincidían con las posiciones de ojos y boca. La mano experta del arqueologo trazó carbón sobre la ranura del diseño y el mismo se transformó en un diseño fácilmente reconocible. Allí mismo fue bautizado como "El fantasma de Martínez", por su estrecha semejanza a los fantasmas de las tirillas cómicas y en honor a su descubridor.

Entusiasmados por el hallazgo de grabados rupestres en las paredes exteriores de la cueva, comenzamos a tratar de localizar nuevos grabados en el interior. Al momento dimos con otros dos grabados que se hallaban en una piedra enterrada en el suelo, la misma que había servido para amarrar la soga que ataba los cerdos que allí se solían criar tiempo antes de nuestra primera visita.

Rebuscamos todos los escondrijos en busca de algún material que pudiera servirnos de prueba de que habia sido lugar de habitación de nuestros antepasados y logramos encontrar un pequeño fragmento de cerámica taína incisa que databa la última ocupación del refugio entre los años 1.350 y 1.400 después de Cristo. Harto satisfechos por los hallazgos de aquel día decidimos marcharnos pero con la intención de regresar de nuevo y reanudar las exploraciones comenzadas.

No fue hasta el mes de diciembre de 1975 que se realizó la tercera visita al lugar. Las fotografías en película infrarrojo habían resultado bastante reveladoras, por lo que se decidió tomar una nueva serie de tomas en película infrarrojo, ahora con el equipo más adecuado, labor que recayó de nuevo sobre el compañero Ovidio Dávila.

Yo insistía en que debía haber más grabados rupestres y logré localizar uno al lado del primero, el cual se parecía mucho, pero se asemejaba más a un animal que a un ser humano es decir, era zoomorfo y no antropomorfo como el primero. Luego de reveladas las fotografías se pudo hacer un buen reportaje sobre el lugar en un rotativo de la Capital: el San Juan Star, dándosele despliegue masivo a los descubrimientos.

ARRIBA: VISTA PARCIAL DE LA ENTRADA AL REFUGIO ROCOSO BAUTIZADO COMO CUEVA MALDITA. SE TRATA DE UNA CONCAVIDAD EN LA ROCA CUYAS PAREDES Y TECHO SIRVIERON DE OLEO AL PINTOR PRIMITIVO.

ABAJO: DOS DE LOS MAS ELABORADOS GRABADOS DE LA CUEVA MALDITA DESCUBIERTOS POR EL AUTOR. SE TRATA DE FIGURAS ANTROPOMORFAS.

DERECHA: UNA DE LAS PINTURAS INDIGENAS POLICROMAS. (ROJO EN LA BOCA Y NEGRO EL RESTO DEL DISEÑO). CORRESPONDE AL DISEÑO 157 DEL CATALOGO DE PINTURAS. FOTOGRAFIA DE ROBERTO MARTINEZ TORRES.

(DISEÑO 157 -CATALOGO DE PINTURAS)

PAGINA 9

Un dia del mes de marzo de 1976 llegó a casa un grupo de muchachos del barrio, hoy casi todos ellos estudiantes de la Escuela Superior, alborozados y muy empeñados en que los acompañara a la Cueva de las Palomas en las Cabachuelas, para que viera una tortuga convertida en piedra, que, según sus descripciones, se hallaba incrustada en la pared de la cueva. La misma la describían como de dos pies de largo de forma ovalada y con cabeza, rabo y todo.

El hecho me hizo pensar un poco, pues nunca había escuchado o leído de algun tipo de fosilización en que se conservara el aninal de la forma en que me la acababan de describir, pero tampoco lo dudaba, y más bien aquello excitó tanto mi imaginación al punto de que planeamos una expedición al lugar. Después de todo, encontrar restos fósiles de animales marinos en territorio de Barahona no resultaba ya un acontecimiento increíble, como ya lo había comprobado todo el grupo, el cual se había destacado hacía años en el menester de recoger restos fósiles en todo el barrio.
Envuelto en el entusiasmo de aquellos jóvenes buscadores de fósiles , planeamos una visita a la cueva y la fijamos para la mañana siguiente.

Con la "hicotea petrificada" en mente nos dirigimos aquella mañana rumbo a la Cueva de las palomas, la cual yo oía mencionar por vez primera. Mientras caminábamos, pensaba que un objeto de esa clase hubiese llamado la atención anteriormente a los que allí habian entrado, pues la cueva era harto frecuentada desde hacía mucho tiempo, y algo de tal naturaleza hubiese llamado la atención aun de los menos curiosos. Fue por tal duda que solo salimos armados de una cámara fotográfica,sólo con la modesta idea de tomarle varias vistas al mencionado fósil.

Luego de enredarnos por entre los bejucales buscando a tientas la ruta exacta hacia la cueva, pues nuestro guía se encontró tan confundido que no pudo dar con el camino verdadero, nos encontramos por casualidad con otro grupo de Barahonenses que también habían sacado el día para explorar, al igual que nosotros. El grupo aumentó, y para bien de todos, entre los advenedizos se hallaba el joven Oscar Vega Maldonado, quien conocía la ruta certera hacia la cueva, lo que le valió el nombramiento de guía de la expedición y seguimos tras sus pasos.

Ya habíamos caminado por los alrededores de la finca de Doña Eulogia, dueña de la finca donde se halla ubicada la cueva, y seguimos rumbo a las colindancias de la finca de Don Franco Class, cerca de donde se hallan los límites territoriales de los barrios Torrecillas y Barahona de Morovis, barrios que se reparten el territorio de las Cabachuelas.

Por fin llegamos a un claro entre mogotes desde donde se podía divisar bien arriba, quizá a 300 pies sobre nuestras cabezas, la entrada de la Cueva de las palomas, de frente al este, majestuosa, con su enorme boca como para tragarse el sol al amanecer.

Allí se encontraba inamovible y estoica ante el embate de los fenómenos naturales que ya habían hecho mella en su amarillenta faz, pero tal vez tan majestuosa e imponente como la vieron por primera vez nuestros antepasados que buscaron en ella refugio y albergue: los Primogenitos de Boriquén.

Sin pensarlo mucho, decidimos escalar la pendiente caliza que hace casi inaccesible la subida a la boca de la cueva. Reptamos como serpientes, unas veces agarrándonos de las raíces de los árboles que a duras penas se adhieren desesperadamente del desfiladero para no caer, otras veces de los fuertes matojos que crecen entre las grietas de las rocas y sobre los cantos rodados que se han desprendido del monte hace ya muchos siglos y que aún no han terminado de caer pendiente abajo...

Subimos casi a mitad de la pendiente y pasamos sobre una roca restaladiza que se encuentra permanentemente cubierta de lama, debido a la humedad que continuamente se esta filtrando del monte, la cual procrea una fina capa de muzgo que dificulta el acceso.

Pasando una serie de arbustos espinosos y varios refugios rocosos de poca envergadura, llegamos a la entrada de la cueva. A aquella altura se puede divisar la casi totalidad del paisaje moroveño, y se pueden apreciar las distintas tonalidades del verde que muestra la vegetación del área,así como la serie de mogotes calizos que compone él area de Las Cabachuelas- sinónimo de Las Cuevas en nuestro pueblo.

Si se mira de allí directamente hacia abajo, se puede ver claramente el farallón cortado casi verticalmente por los procesos de desgaste y derrumbe que ocurren en este tipo de paisaje terrestre que se denomina la Topografía Karstica.

Entramos. Nuestras pisadas levantaban una espesa polvareda amarillenta que daba un aspecto desértico al interior de la cueva.

Inmediatamente, uno de los testigos del hallazgo se adelantó al grupo y señaló con su dedo índice hacia una de las esquinas del techo, diciendo al mismo tiempo: "Mira la hicotea de piedra..."

A ello siguió un absoluto silencio por unos breves instantes. Yo observaba detenidamente el objeto apreciando cada uno de sus detalles mientras pensaba que habíamos dado aquella penosa caminata para tan sólo contemplar aquella peculiar estalactita que reproducía admirablemente bien el contorno de una tortuga, y en efecto, de sólida piedra...

No sé si me sonreí o me quedé serio ante aquel chasco. Noté que todas las miradas escrutaban la mía en busca de mi opinión al respecto. Así que procedí a explicarle al muchacho que la había encontrado lo que era aquello en realidad, mientras descartaba las tortugas de mi lista de animales fósiles encontrados en territorio moroveño.

Mientras eso hacía, noté una serie de lo que parecían ser simples rayazos un poco más abajo de la peculiar estalactita. Y al frente había otras, muy similares a los garabatos que hace un muchachito de cinco años cuando tiene en sus manos un buen pedazo de carbón y una pared blanca.

El hecho me llamó la atención y sin decir nada al grupo seguí buscando detrás de aquella pared, donde esta vez pude ver una serie de diseños inteligibles, pero que se semejaban a pequeñas caritas con ojos y bocas. Fue entonces que llamé a uno de los compañeros y le pregunté sobre su parecer sobre las curiosas rayas. Comentó algo. La pregunta que compartíamos era quiénes los hicieron. Luego de pensar un rato y haber visto otros diseños llamé al grupo y les dije que creía que se trataba de diseños indígenas. De inmediato comenzamos todos a buscar detrás de cada estalactita y de cada pared, en busca de otros dibujos. Cada uno se dirigió por un cuarto distinto, de los varios que tiene la cueva, y al momento to-

PAGINA 11

dos iban reportando que habían encontrado más pinturas en el techo y en las paredes de los pasadizos, aún en los más oscuros. Aparecían a montones en todos los rincones de la cueva. Unos habían encontrado caras, otros reportaban haber visto lagartos, guavás, bruquenas, espejuelos, rostros humanos y figuras de animales de todas clases. Entre todos ellos se destacaba una figura que ya habíamos visto anteriormente en la Cueva Maldita: el bebe envuelto en la friza, y a su lado, un rostro admirablemente bien elaborado de una hermosa india con una diadema sobre la frente y el pelo recogido en dos trenzas que parecían saltar juguetonas en el viento...

Con ayuda de la linterna fuimos buscando uno por uno los distintos rincones y pudimos encontrar más guavás, lo mismo dibujados que "de carne y hueso", únicos moradores de aquellos solitarios parajes.

Ya habíamos localizado más de 50 dibujos, la mayoría de los cuales repetían algunos diseños anteriormente descubiertos, lo mismo en forma de pictografías que de petroglifos en otros yacimientos de la isla. Ello era prueba suficiente de su procedencia indígena. Decidimos hacerles la "prueba de la saliva" para comprobar si se trataba de carbón escrito recientemente o si tenía alguna antiguedad. Le aplicamos saliva al trazo con el dedo índice y frotamos suavemente. Como esperábamos, no se borró ni se regó el carbón con que estaba hecho el dibujo. Pero, ¿quién nos podía dar la seguridad absoluta de si se trataba de auténticas pictografías? Solamente había una persona: el Arqueólogo del Instituto de Cultura Puertorriqueña, Ovidio Dávila Dávila.

La cueva tiene prácticamente dos pisos, y para subir al nivel superior es preciso pasar sobre una escarpada que da al desfiladero, pero subimos con cuidado y desde allí pudimos contemplar mejor el panorama, y a la vez buscamos cuidadosamente las paredes del nivel superior en busca de más pinturas, pero allí no apareció ni uno solo. Pero buscamos tan cuidadosamente que pudimos localizar una serie de objetos que nos llamó la atención, no por su naturaleza, sino por el lugar donde se encontraban: dientes de tiburon incrustados en las paredes de la cueva. Y a tan gran altura sobre el nivel del mar.

Un examen cuidadoso de la roca que componía aquella área de la cueva revelaba que se componía de una masa de coral fósil, lo que indicaba que la cueva se había formado de un banco de coral en tiempos prehistóricos.

Por un momento pensamos que lo que un día fue morada de los tiburones de Barahona, fue luego refugio de nuestros antepasados por muchas generaciones. Aunque esto último estaba por verificarse, intuíamos que así había sido, por lo cual pensamos: ¡Esperen a que Ovidio vea esto...!

Bajamos inmediatamente luego de que comimos algo que habíamos llevado a propósito. Poco, pero que dio para todos pues lo compartimos "como buenos hermanos": salchicha y media para cada uno, un pedazo de queso y de dulce y un traguito de café, que no podía faltar...

Alguien sugirió que camináramos más adelante hacia otra cueva que se hallaba cerca, lo cual hicimos sin mucho vacilar; por un trillo bastante dificultoso llegamos a la entrada de la cueva buscada. De la misma desconocíamos el nombre tradicional, pero que de inmediato bautizamos como la "Cueva de la Mata de Guineo", pues en el interior de la misma se levantaba una hermosa mata de guineo gigante. La cueva parecía una enorme iglesia con un no menos enorme tragaluz en el techo, por donde entraba luz a las plantas que dentro de ella crecen en abundancia.

Inmediatamente comenzamos la tarea de tratar de descubrir nuevas pinturas rupestres en aquella cueva, y al cabo de poco tiempo dimos con varias de ellas en las paredes interiores que dan al Sur. Allí se podían distinguir especie de pájaros, figuras antropomorfas y un muy bien elaborado "chillo" de río, junto a una serie de otros dibujos.

La Cueva de la Mata de Guineo no es más que un enorme túnel que atraviesa de un lado el monte y va a parar a un desfiladero de no menos de 200 metros de profundidad, hacia el cual miramos "de lejito" y reanudamos la marcha de nuevo hacia nuestros hogares, pues ya oscurecía. Sin embargo, aquel día regresábamos más contentos que si hubiésemos encontrado cientos de tortugas petrificadas.

En una ocasión posterior, parte del grupo original que se siguió interesando en las investigaciones arqueológicas me invitó para que registrásemos una serie de cuevas visitadas por ellos. Una de ellas había sido visitada hacía muchos años por un "americano", el cual había desenterrado de la misma un esqueleto indígena, según contaba la gente. Esa era la llamada "Cueva de Blackie". Y un día partimos hacia el área donde se hallaban las cuevas, pero esta vez provistos de buenas linternas y de la cámara fotográfica, y tomamos la ruta del Riachuelo, que serpentea por entre los mogotes de las Cabachuelas.

De primera instancia visitamos una cueva que se encuentra en uno de los recodos que toma el riachuelo, la cual denominamos como "La Cueva de la Calavera", por hallarse allí un petroglifo de tal apariencia. Seguimos la marcha luego de examinar los pormenores de la cueva y llegamos a la Cueva de Blackie. Allí solo descubrimos varios petroglifos de gran calidad, pero ningún indicio de pinturas rupestres.

Seguimos monte arriba y llegamos a una cueva muy oscura, luego de haber revisado varios refugios rocosos que le anteceden, y allí no se hizo esperar el descubrimiento de un sinnúmero de pinturas que ilustraban siluetas antropomorfas de hombres parecidos a lagartos o viceversa. Allí mismo quedo bautizada la cueva con el nombre que hasta hoy la registramos: Cueva de los Lagartos.

Y de allí marchamos ansiosos esperando el día en que se pudiera comprobar la autenticidad de nuestros descubrimientos.

Ya de regreso, saciamos la sed en las claras y refrescantes aguas del Riachuelo y seguimos la ruta de regreso a nuestros hogares...

(DISEÑO 129-CATALOGO DE PINTURAS)

PAGINA 13

-Lunes, 26 de abril de 1976

Caía la tarde cuando me disponía a tomar un baño luego del trabajo del día cuando aparecieron sorpresivamente (es decir, sin avisar, pues de antemano habíamos hablado del viaje) el compañero Ovidio Dávila, Arqueólogo del Instituto de Cultura Puertorriqueña, acompañado del señor César Ocasio, tapicero y arqueólogo aficionado de Barceloneta.

Ambos venían con la intención de acampar esa noche en la Cueva de las Palomas, donde habíamos descubierto, apenas unas semanas antes, una compleja serie de pinturas en negro carbón que daban la impresión de ser pinturas rupestres indígenas.

Existía aún la duda de su autenticidad, pues aunque ya no era raro encontrar pictografías indígenas en los alrededores de Morovis, y a pesar de que ya se les había hecho la "prueba de la saliva", resultaba un tanto prematuro y no muy científico dar por auténticas unas pinturas que no habían pasado aún por el juicio del experto, que, en este caso, lo era el señor Ovidio Dávila.

Con este asunto en mente fue que realizaron el viaje hasta Barahona y trajeron consigo todo el equipaje necesario para pasar una o varias noches en las selvas moroveñas.

El equipaje se componía de caseta de campaña, "sleeping bags", sábanas, almohadas, lámparas de gasolina, linternas de bateria, así como el equipo fotográfico necesario y el equipo de exploración: cámaras fotográficas cargadas con película infrarrojo, de color, blanco y negro y de transparencias; cintas métricas, mapas topográficos, escalas métricas, brújulas, tránsito; además de los utensilios personales indispensables que no tiene uso mencionar en este trabajo porque todos los conocemos.

La idea de acampar en el lugar fue rechazada y decidimos pernoctar en casa, pues además de la incomodidad que ofrecía la cueva, me sentía un tanto indispuesto para acompañar a mis amigos a aquella hora de la tarde.

No obstante, decidimos tomar las medidas y precauciones necesarias en lo referente al asunto de la autenticidad de las pinturas. La pregunta era si en realidad eran auténticas por lo cual decidimos "dar un vistazo" a los dibujos para cerciorarnos aquella misma tarde de si se trataba de simples "embelecos" escritos por los muchachos que frecuentaban el lugar para hacer jiras o expediciones, muy usuales ambas en toda el área de las Cabachuelas desde hace mucho tiempo.

Ya eran casi las seis de la tarde cuando abordamos el Jeep y nos dirigimos de inmediato hacia el lugar de los hallazgos. Al mismo se llega dejando la Carretera 155 que va de Vega Baja a Morovis, tomando un desvío que conduce a uno a un sector del área de las Cabachuelas mismas, el cual está muy bien pavimentado, dando fácil acceso a las cuevas del área. Se conoce como Cabachuelas a la zona de mogotes calizos que, geológicamente representa la topografia kárstica más desarrollada del área norte-central de la isla. Las cabachuelas estan comprendidas entre los límites municipales de Ciales y Morovis y ocupan una gran extensión de los barrios Torrecillas y Barahona de Morovis.

Cruzamos velozmente por la carreterita la serie de fincas pequeñas que se encuentran establecidas entre mogotes, ocupando los pequeños vallecillos interiores. En un recodo del camino, aún sin terminarse la carretera pavimentada, abandonamos nuestro vehículo para comenzar la marcha "a pie" hacia nuestro lugar de destino: La Cueva de las Palomas.

Nos internamos por el trillo que conduce a la finca de Doña Eulogia, lugar donde se halla ubicada la mencionada cueva. Mientras esto hacíamos y a medida que nos adentrábamos en la espesura del boscaje, notábamos una serie de nubarrones que no auguraban buen tiempo para el área donde nos encontrabamos...

Sentíamos mucho calor, y la caminata nos aumentaba ese sudor pegajoso que es indicio de la presencia de mucha humedad en el aire que anuncia el agua pronta a caer. No pasó mucho tiempo cuando comenzaron a caer gruesas goteras sobre nuestras cabezas y entonces fue que todos, a un mismo tiempo, apresuramos la marcha.

No encontrábamos ningún refugio donde guarecernos y emprendimos veloz carrera hacia la cueva pero con la idea de refugiarnos en la primera "solapa" que encontrásemos a la orilla del camino. La verdadera cueva se hallaba a unos 300 o 400 metros de nosotros y corríamos enredándonos en los bejucos, ganchos y pringamosas atravesados en el trayecto. Al mismo tiempo, y como si el aguacero fuera poco, nos caía otro: el de los árboles bajo los cuales corríamos.

Por fin encontramos un refugio rocoso donde nos detuvimos a "coger aire" y a esperar que amainase el chubasco que caía incontenible y estrepitosamente sobre la maleza. El sol que se dejaba ver aún por entre las desgarradas nubes, hacía brillar las gruesas hojas de los mameyes y cupeyes que por allí abundan. Mientras pasaba un poco el aguacero, nos pusimos a trazar con un lápiz de carbón sobre la amarillenta roca del refugio, una serie de nombres y dibujos diminutos: pictografías para ser estudiadas por los arqueólogos del año 5.000, las cuales para entonces no podrán ser descifradas, careciendo para los futuros habitantes del planeta de todo significado, como resultan hoy las pinturas indígenas para nosotros, a pesar de que sólo nos separan 400 años de nuestros antepasados, los Primogénitos de Boriquén.

Una vez pasado el aguacero y comenzar a relucir de nuevo el sol sobre las hojas de los árboles, un tanto temblorosos, no por la emoción de avanzar a desengañarnos sobre la autenticidad de las pinturas sino más por el frío que nos provocaba la ropa mojada, nos dirigimos por el sendero que conduce a la entrada misma de la cueva, con marcha lenta pero firme una vez cesaron las amenazas de otro chubasco.

Caminamos otro trecho entre arbustos y bejucos y llegamos a un claro desde donde se puede divisar claramente a unos cien pies más arriba una de las dos "bocas" de la cueva, la superior de ellas. La misma se puede distinguir claramente no importa la distancia a que uno se encuentre de ella en Morovis.

Para subir, tuvimos que agarrarnos una vez más por los bejucos y raíces que cuelgan de los árboles, de los bordes filosos de las rocas desgastadas y de los matorrales que crecen sobre ellas. Llegamos así a un descanso en el camino desde el cual hay que pasar un desfiladero que antecede a la entrada de la cueva, y desde donde se divisa el camino de la subida cien pies más abajo.

Lo cruzamos. Una vez arriba soltamos el pesado equipaje que llevábamos y contemplamos la maravillosa vista del atardecer que brinda la posición elevada de la cueva... Desde allí se puede apreciar todo el terri-

(DISEÑO 65-CATALOGO DE PINTURAS)

PAGINA 15

rio moroveño de Sur a Norte, limitado por los cerros de los barrios Vaga y Pasto y rematando con el Cerro de Santa Bárbara, respectivamente. cerca de las colindancias de Morovis y Vega Baja. Una vez contemplado aquél paisaje, que es justa recompensa al que sube a la cueva, procedimos de inmediato al reconocimiento de las pinturas.

Procedí a señalar cada una de las pictografías a los compañeros, a lo cual siguió la "prueba de la saliva."

La misma consiste en untar un dedo con saliva, a falta de agua, y frotarlo ligeramente sobre el trazo del dibujo. Si el carbón se desparrama es indicio de que la pintura no es muy antigua. Si por el contrario no se borra en absoluto y tiende a aclararse el trazo, ello es indicio de que su antiguedad es considerable, lo suficiente como para que el carbón se haya fundido ya con la roca caliza de la pared de la cueva. En cuanto a si es indígena o no, ese es otro asunto por determinarse.

El simple hecho de encontrarse en el interior de una cueva es indicio de que su origen puede ser indígena, puesto que era práctica de nuestros antepasados decorar las cuevas, pues dichos lugares eran considerados como sagrados dentro de sus creencias religiosas.

Al hacerles la prueba de la saliva no se borraron, como había ocurrido ya antes, cuando fueron vistas por primera vez al ser descubiertas. Ello constituía otro punto a favor de la autenticidad de las mismas.

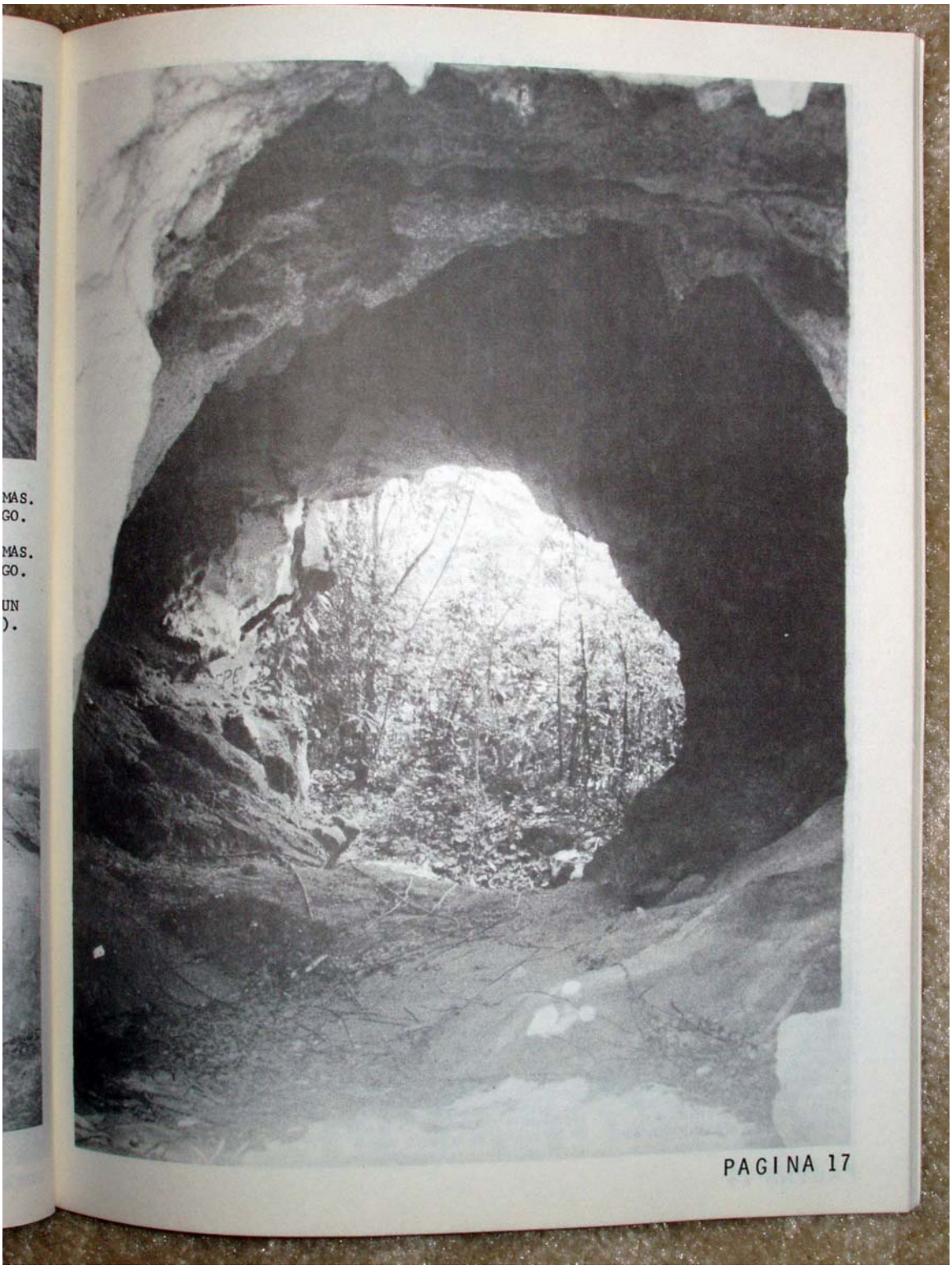
Sin embargo, las primeras resultaban borrosas y por tanto, casi ilegibles, lo que dificultaba su identificación. Estos primeros dibujos semejaban garabatos como los que acostumbran hacer los niños pequeños que no saben escribir aún. Ese era un punto en contra, pero eran muchas las pinturas que restaban aun por verse y continuamos localizándolas.

Vimos las que estaban más nítidas y mejor conservadas, que reproducían claramente rostros humanos y figuras antropomorfas. Y así estuvimos hasta que el arqueólogo rompió el silencio para exclamar, para regocijo de todos: "Un momento... estas pinturas son indígenas, sin duda alguna... A la verdad, Roberto, que tu has convertido a Morovis en el paraíso de las pictografías."

ARRIBA: PICTOGRAFIA DE LA CUEVA DE LAS PALOMAS. CORRESPONDE AL DISEÑO 76 DEL CATALOGO.

ABAJO: PICTOGRAFIA DE LA CUEVA DE LAS PALOMAS. CORRESPONDE AL DISEÑO 69 DEL CATALOGO.

DERECHA: VISTA DE LA CUEVA DEL MARCIANO DE UN LADO AL OTRO. (FOTOGRAFIA DEL AUTOR).


PAGINA 17

Aquella afirmación era el punto clave en la determinación de la autenticidad de las pictografías, y a los puntos en contra se oponían ahora más de 50 a favor: uno por cada una de las pictografías que había en aquella cueva. La autenticidad de las pinturas de las demás cuevas ya de por sí estaba asegurada.

El viaje, con todo lo difícil que había resultado, muy bien había valido la pena, al igual que la ensopá que habíamos recibido por el camino.

Por el camino pensaba que el comentario del compañero no estaba muy descaminado, máxime, cuando lo había hecho sin ver aún las restantes pinturas. Aquello era sólo el primer capítulo de toda una serie, pues la "Introducción" la habíamos tenido ya en la Cueva Maldita del barrio Almirante Sur de Vega Baja unos meses antes.

Bajamos muy contentos de la cueva, una vez comprobada la autenticidad de las pinturas a cabalidad y bajamos por el mismo sendero de la subida, ahora un poco más resbaloso por efecto del agua que se escurría cuesta abajo. Y emprendimos el retorno a casa.

Ya eran casi las 7:00 P.M., y cuando miramos atrás se podía distinguir la Cueva de las Palomas: un oscuro borrón amarillento-grisáceo que resaltaba del follaje verdeoscuro del monte que aún se iluminaba débilmente con las últimas luces del crepúsculo.

Una vez llegados a casa y tomado un buen baño y cambiados de ropa seca, nos sentamos a cenar, pues aunque el espíritu estaba saciado, dada la riqueza del descubrimiento en términos científicos, el cuerpo se encontraba exhausto y había que alimentarlo...

Por la noche nos sentamos a planear el itinerario de trabajo del día siguiente, el cual prometía ser uno bastante recargado, dada la complejidad de las tareas que habrían de realizarse en tan corto tiempo como el cual dispondríamos. Era preciso levantar un mapa de la cueva y luego fotografiar cada una de las pinturas varias veces- al menos las mas legibles- y luego localizarlas una por una en el mapa para facilitar futuros trabajos en el yacimiento.

Se tomaría tanto película a color como en blanco y negro, así como transparencias a color y película infrarrojo. Este tipo de actividad resulta muy lento y el trabajo hay que realizarlo con suma precaución. La cueva tenía más de 50 pinturas monocromadas y ello conllevaría no menos de 8 horas de agotador trabajo. Con aquél reto en mente decidimos acostarnos temprano para aprovechar la mañana, la cual prometía estar llena de trabajos pesados pero a la vez que llena de nuevas y aleccionadoras experiencias...

- Martes, 27 de abril de 1976

Esa mañana nos levantamos temprano y cargamos el Jeep con el equipaje necesario: cámaras fotográficas y rollos de película de todo tipo, brújula, tránsito y escalas métricas, lámparas de gasolina y combustible de repuesto, linternas de batería, etc.. Y nos dirigimos de inmediato hacia la Cueva de las Palomas, siguiendo el mismo trayecto de la tarde anterior.

Todavía el follaje del monte se hallaba humedecido por el rocío de la noche, por lo cual terminamos la labor ya comenzada por el sol de madrugada, secándolo con nuestras ropas. Luego del ascenso pudimos contemplar el despertar de una mañana en Barahona, como la hubiese contemplado cualquiera de nuestros antepasados a quien le sorprendiera la mañana allí...

Antes de comenzar los trabajos de levantar el mapa de la cueva, decidí investigar porqué se había ganado el nombre la cueva y decidimos subir hasta el segundo piso, lo cual hicimos sin mucha dificultad. Allí encontramos diseminada una serie de plumas grisáceas y azulosas: plumas de paloma. Pensamos que la cueva debió haberse la llamado "la guarida del guaraguao", pues allí es donde esta ave de rapiña de nuestros aires se da sus festines con las palomas de la cueva, las cuales son allí una presa fácil.

Comenzamos a levantar el mapa de la cueva, lo cual tomó bastante tiempo, trabajo que realizaron los demás compañeros mientras yo me dedicaba a tratar de localizar posibles petroglifos o grabados en las paredes de la cueva.

Estos grabados, por el simple hecho de que no están pintados, resultan difíciles de localizar sobre las rugosidades y asperezas de la roca de las paredes de la cueva, pues a veces los mismos se confunden con las depresiones y elevaciones que presenta la roca, haciendo casi imposible determinar la diferencia entre una incisión hecha por la mano humana y la hecha por medios naturales.

Para mí resultaba extraño el hecho de que no hubiésemos visto al menos un sólo petroglifo en aquél lugar a pesar de que los había buscado durante las veces que había visitado la cueva anteriormente, pues aquél lugar contenía una buena representación del arte rupestre y era raro no ver un sólo petroglifo.

Pero esta vez busqué más afanosamente que en las ocasiones anteriores, hasta que conseguí uno de ellos. Era de regular tamaño y bastante bien elaborado, consistiendo de un rostro de apariencia zoomorfa, medio osuna. De inmediato le unté carbón para facilitar la labor fotográfica, y continué buscando un segundo petroglifo, a la vez que le notificaba a mis compañeros del hallazgo.

El segundo petroglifo lo encontré un poco a la izquierda del primero, y seguí buscando un tercero, el cual estaba más arriba del primero. Los tres miraban a la entrada de la cueva. El último me resultó difícil pintarlo con carbón y la posición incómoda en que me encontraba me hizo caer y rodé 8 pies hasta el suelo, sin desgracias que lamentar.

Descontinué la búsqueda y se procedió a fotografiar los petroglifos, mientras me pasaba "la jinchera".

Ya para las 2:00 P.M. terminamos la labor fotográfica, la cual confiábamos no hubiese sido un fracaso, debido a lo borrados que estaban algunos de los dibujos, y decidimos bajar para seguir camino a la cueva más cercana, en la cual ya yo había localizado varios petroglifos y pinturas a la entrada y en el interior de la misma.

Bajamos por el difícil sendero y continuamos por el trillo que conduce a la próxima cueva, pero nos desviamos de nuestra ruta programada al encontrar un camino recién abierto a machete, el cual decidimos explorar, pensando que era un tramo más cercano para llegar a la próxima cueva. Escalamos fácilmente la cima del monte, y para sorpresa nuestra, desde allí pudimos divisar algo inesperado, algo que hizo que se nos quitase el hambre y el cansancio. Lo que sucedió es digno de otro capítulo...

¿Pintaban
caballos
nuestros indios?
PAGINA 19

PAGINA 21

Subimos, pues, a la cima del montecito y desde allí pudimos contemplar un espectáculo maravilloso: a nuestra vista se levantaban los restos de lo que en alguna epoca había sido una enorme cueva, ahora derrumbada. Era un enorme arco de más de 40 metros de altura que formaba un espectacular puente blanco sobre un río inexistente, o un enorme pórtico que conducía hacia ninguna parte, excepción hecha del enorme desfiladero en que terminaba.

Al final del mismo, un vallecito entre mogotes, todos huecos, llenos de enormes cuevas. El valle debía ser el nacimiento del Riachuelo que se deja ver un poco más abajo y que en estos lugares se lo ve aparecer y desaparecer por entre los sumideros, abundantes en el área. Caminando por estos valles se enreda uno con bejucos y hortigas, pues estos parajes hace mucho que no han sido hollados por la planta humana. Además el valle no es muy hospitalario, pues alberga infinidad de pantanos movedizos, donde se hunden personas y animales. A estos lugares se les denomina "canjilones" y a los pantanos se les ha bautizado como "tembladeras" por nuestros abuelos.

El arco de piedra, semejante a un arco de triunfo, descansa cada una de sus columnas en los bordes del precipicio. La pared izquierda del arco que constituye una de sus bases nos llamó mucho la atención. Uno de los compañeros decidió subir un poco para examinarla.

En breves segundos escuchábamos una estentórea exclamación suya que nos movió como por resortes hacia donde se encontraba.-Miren que montón de dibujos hay aquí-.

Nos mirábamos todos perplejos y elaborábamos posibles explicaciones para aquél fenómeno. Allí se sugirieron varias alternativas provisionales.

Por ejemplo, si se trataba de pictografías indígenas, era forsozo pensar que el indio que allí las dibujó debió haber visto a los conquistadores así como a sus cabalgaduras. Tal vez una tropa de españoles montados a caballo, y señoras vestidas de cope te. Tal vez no los vería en Morovis, sino que lo recordó de otro lado y lo plasmó en la pared de la cueva de las Cabachuelas...

¿Sería aquél mural dibujado allí por alguien aficionado a los "westerns", que ya para la década del 50 eran ya muy conocidos en la isla? ¿Serían suficientes 25 años para que un trazo de carbón se adhiriese de aquella forma a la roca caliza, de donde era virtualmente imposible borrarlas?

Efectivamente, allí se encontraba una serie enorme de dibujos en color negro de trazos sencillos pero precisos, aparentemente hechos a base de carbón. Y no se trataba de dibujos aislados, sino que se unían veintenas de ellos en todo un conjunto. la pared se parecía a una enorme pizarra blanca toda llena de dibujos, pero lo que a todos dejó estupefactos no fue la cantidad de dibujos, que debían de pasar de 300, sino los motivos utilizados: se trataba de animales claramente reconocibles sin mucho análisis, pues en ellos no había muchos elementos abstractos:eran simple y sencillamente caballos, una inmensidad de ellos, unos a galope y otros con sus jinetes sobre el lomo. En algunos lugares aparecían juntos , como si se tratase de manadas de ellos, mientras que en otro lado se discernían siluetas humanas, y hasta vestidas con un complejo atuendo. Y hasta creíamos ver señoras con enormes trajes de vuelo a la usanza antigua. En realidad era un verdadero mural de arte rupestre.

Pero a todos nos asaltaba la pregunta de si se trataba de pinturas indígenas. Al menos la temática de los dibujos no lo insinuaba así en ningun momento.

Hasta donde conocíamos, los indios no acostumbraban a dibujar señoras con enormes vestidos ni estampidas de caballos, los cuales no llegaron a ver, probablemente, hasta la llegada de los españoles. Acto seguido, y sin muchas contemplaciones, le hicimos la "prueba de la saliva", la cual demostró que no eran recientes. De haberse borrado con la prueba, lo lógico era concluir que habían sido hechas por alguien que se había refugiado allí y se había entretenido haciendo dibujitos, pero las pinturas, al igual que las genuinamente indígenas, no se borraban en absoluto. El asunto comenzaba a devanarnos los sesos, y lo que echábamos de menos en el mural era aunque fuera un solo "Luis estuvo aquí" o bien, un "Pepe y Lola" y mucho menos una flecha de cupido mal garrapateada, nada en absoluto que identificara a las pinturas con nuestra civilización. Ni una sola firma del autor del misterioso mural. Y la obra de arte rupestre anónima que desfilaba ante nuestros ojos atónitos se iba convirtiendo en el enigma indescifrable del arte rupestre de las Cabachuelas de Morovis.

Muchas hipótesis se pensaron y las más no se dijeron, pero lo cierto era que el hecho nos había desarmado psicológicamente y no podíamos asimilarlo de momento.

Ya habíamos encontrado una serie tan grande de pictografías que no resultaba extraño encontrar más, pero no con aquellos motivos. Hasta llegué a pensar si aquello no era más que una pesadilla del sueño del lunes por la noche, y que todavía no era el martes...

El mural se fotografió a ver cómo salían las fotografías y no se comentó más del asunto por el momento. Son cosas que encuentra el investigador que no pueden pasarse por alto porque constituyen verdaderos retos al pensamiento del mismo, a menos que se opte por el camino fácil y cómodo de dejar tranquilos todos los hechos que nos perturban una idea ya formada a una concepción ya establecida por mucho tiempo. Aunque se le descuadre el marco al investigador, estos hechos hay que analizarlos, si se toma la investigación como un asunto serio, que es como debe ser. De lo contrario pasariamos como individuos de mentes estrechas y poca apertura intelectual, verdaderos inquisidores de los hechos condenados...

Una vez pasado esto, decidimos bajar por el desfiladero hasta el pequeño valle que está como a unos 400 pies más abajo. Una vez bajamos dificultosamente por lo incómodo y pesado del equipo, divisamos la salida enorme de la cueva hacia la cual nos dirigiamos cuando tomamos el atrecho recién talado para encontrarnos con el misterioso mural de los caballitos.

Más adelante se podía ver otra enorme boca de una oscura cueva, que debía ser enorme por lo impresionante que lucía a aquella altura. Tratamos en vano de encontrar un trecho para subir hasta la última, pero nuestros intentos fueron en vano, luego de buscar por cerca de una hora. Decidimos seguir cañada arriba, pisando con cuidado donde había pantano y llegamos a un pequeño callejon que llegaba de nuevo a la carretera donde habíamos dejado el vehículo.

a las pinturas con
ión. Ni una sola
misterioso mural
pestre anónima
estros ojos
fo en el enigma
te rupestre de
lorovis.

sis se pensaron
ron, pero lo
os había desar
y no podíamos
).

ncontrado una
grafías que no
contrar más, pe
tivos. Hasta
ello no era más
el sueño del
todavía no era

grafió a ver cómo
s y no se come
r el momento.
el investigador
se por alto
os retos al
a menos que
cil y cómodo
s los hechos
a ya formada
tablecida por
e se le descu
tigador, estos
tarlos, si se
omo un asunto
be ser. De lo
como individuo
poca apertura
s inquisidores
idos...

to, decidimos
o hasta el
como a unos
na vez bajamos
incómodo y
isamos la
a hacia la
tomamos el
ra encontramos
l de los
día ver otra
tura cueva,
impresionante
ra. Tratamos
n trecho para
ero nuestros
luego de
hora. Decidi
a, pisando
pantano y
allejon que
rretera donde
culo.

PAGINA 23

PAGINA 24

PAGINA 25

PAGINA 26

PAGINA 27

Pasamos por la residencia de Don Franco Cláss, quien es el dueño de un gran sector del área de las Cabachuelas, y le preguntamos si conocía de alguna que otra cueva de su finca que tuviese dibujos de los indios .

Don Franco nos contestó que de haber habido algo la gente ya se lo debió haber llevado hace tiempo, que era lo mas probable, y nos relató sobre una cueva que tiene una historia que le da el nombre: La Cueva del Negro. Allí fue a parar un moreno que andaba fugitivo de la justicia y pidió alberque en la residencia del entonces padre de don Franco. Comía en la finca y se refugiaba dentro de la cueva, y pasó cierto tiempo y el negro se fue sin despedirse ni dejar rastro, y desde entonces su guarida se conoce como La Cueva del Negro. En la misma cueva, según Don Franco, hace algún tiempo se podían ver aún muchas fosas abiertas donde se hallaban muchas osamentas, las cuales no se podían identificar como humanas o animales.

Lo cierto fue que la cueva constituía un reto, pero aquella tarde ya nos sentíamos cansados de trepar por riscos y desfiladeros y no pensábamos terminar el día así. Tal vez lo intentásemos otro día que estuviéramos menos cansados.

Nos despedimos de Don Franco con un "hasta otra" que sería pronto, y seguimos de camino hacia Barahona, donde pensábamos tomar la ruta del "Riachuelo", un área donde anteriormente habíamos localizado ya una serie de dibujos en color negro, y que era evidente ya que se trataba de pictografías indígenas auténticas. Pero en realidad nos esperaban más sorpresas de las que nos imaginábamos. El mural "de los caballitos" sólo había sido el principio de las sorpresas de aquel día...

Luego que llegamos a Barahona nos detuvimos en un pequeño colmado donde compramos algunos refrigerios, pues había que aplacar con algo la sed que provocaba aquél sol que despedía pura candela. De allí nos dirigimos inmediatamente hacia el camino que conduce al sector de Barahona conocido como El Riachuelo, nombre que adquiere por el pequeño río que surca los mogotes calizos de aquél sector que colinda al suroeste con Ciales y al noreste con el barrio Torrecillas de Morovis. El pequeño río tiene dos cabeceras o nacimientos, una un poco más arriba de las cuevas hacia las cuales nos dirigíamos y el otro a medio cruzar de la hondonada que sigue el manantial que brota de la primera cabecera. Luego se unen ambos, formando propiamente el Riachuelo, donde una enorme laja le sirve de cauce. Luego el río se sumerje por uno de los muchos sumideros que hay en la región, y aparece más abajo con otro nombre. Este es un fenómeno común en las regiones donde existe la topografía kárstica en Puerto Rico, y el ejemplo más conocido está en el Río Camuy que se sumerje y aparece más adelante con otro nombre: Yumac, que es Camuy invertido.

La cueva hacia la cual nos dirigíamos es la conocida como Cueva de Blackie, de la cual se cuenta que estuvo allí un americano y realizó una excavación donde encontró una osamenta indígena. Aunque la cueva no es rica en pictografías es la puerta hacia otra serie de cuevas que sí son ricas en este tipo de arte rupestre, y hacia estas últimas nos dirigíamos.

Por el camino nos acercamos a una cueva que yo había visitado ya tantas veces que jamás creí que allí habría nada interesante, pues en las veces que la había frecuentado con excursiones de la clase no había visto nada relevante. En la misma ya yo había recogido fragmentos de cerámica indígena, que fue lo que dejaron los estudiantes del barrio después que la registraron en busca de objetos indígenas para llevárselos a los maestros en Barahona, para "acumular puntos."

Me había extrañado el hecho de que las veces que había visitado la cueva en búsqueda expresamente de petroglifos no hubiese encontrado ninguno de elaboración complicada, a excepción de uno muy sencillo de unos "ojitos con una enorme boca". Y le sugerí a los compañeros que ya que nos encontrábamos tan cerca de ella subiésemos. Tomamos la empinada jalda que llega a la boca , ahora descubierta y su frente chamuscado por el fuego que se hizo para quemar la verde maleza que cubría la misma, formando un espeso encaje de lianas y raíces colgantes que ocultaban la entrada.

Pasamos por entre tocones calcinados y cenizas y llegamos a la entrada. Yo permanecí allí, pues para mí la cueva no guardaba ningún secreto, según creía yo. Permanecí allí mientras los compañeros penetraban en la penumbra que envuelve el interior de la cueva en busca de pictografías. Para mí la cueva resultaba ya explorada y no los seguí. Me dediqué, como otras veces, a tratar de localizar algún petroglifo, y así fue, efectivamente: encontré cerca de la entrada de la cueva un muy bien elaborado petroglifo. Creo que fue simultáneo mi hallazgo y la llamada de mis compañeros para que fuera a ver las pinturas tan admirables que ellos habían encontrado en los rincones más inimaginables de la cueva. Creí por un momento que se trataba de una broma, pero me convencí de mi error cuando me mostraron una serie de pinturas en color negro muy bien elaboradas y conservadas. De inmediato procedí a dibujarlas y Ovidio a retratarlas, una a una pacientemente. Esta labor nos tomó casi una hora de trabajo, cosa que no teníamos pendiente en nuestro plan de trabajo. El viaje a la Cueva de Blackie tenía un retraso de más de dos horas, pero salimos de allí verdaderamente convencidos de que nos adentrábamos en el área fuerte en pictografías, pues la Cueva de las Palomas , que hasta el momento se sostenía como el baluarte más fuerte en lo respectivo a cantidad de pinturas distaba solo a unos hectómetros de donde nos hallábamos, y caminábamos precisamente en aquella misma dirección.

Las pictografías que allí se habían descubierto se conservaban en perfecto estado, si se toma en consideración que ésta es una "cueva viva", es decir, en la cual están ocurriendo aún los procesos de solución de la roca caliza. Este fenómeno que es la razón de existir de las cuevas, formadas durante miles de años gracias a este proceso de desgaste, ha hecho que las pinturas se hayan cubierto de una película blancuzca de carbonato de cal, que está constantemente bajándoles desde los techos de las cuevas. Esto dificulta la labor fotográfica a la vez que hace más difícil localizar las pinturas, pero a la vez, es lo que ha conservado las pinturas durante tantos siglos adheridas a las paredes de la cueva. Los motivos se seguían reproduciendo pero en esta cueva apareció un motivo que le dio nombre a la cueva: La Cueva de los Gemelos.

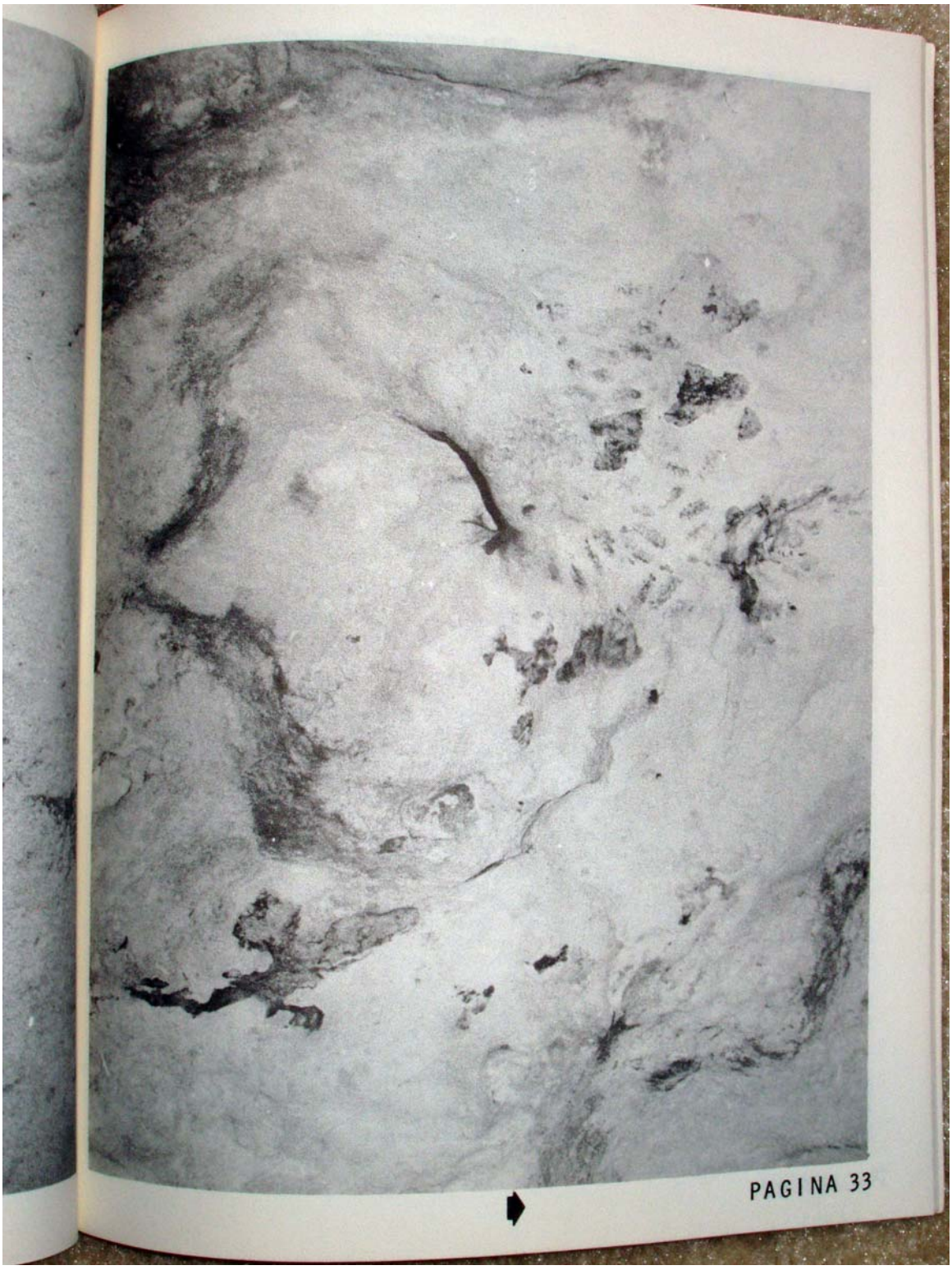
Intentamos darles una explicación a nuestro modo a aquellos motivos tan extraños, pero era pensar sin fundamento, y cualquier conjetura que se hiciese era caprichosa, por lo que el significado posible de los motivos de la Cueva de los Gemelos queda en la incógnita...

¿Los Gemelos Divinos?
PAGINA 29

PAGINA 30

PAGINA 31

PAGINA 32


PAGINA 33

Riachuelo arriba...

Riachuelo arriba continuamos la marcha. Llegamos a la Cueva de Blackie debajo de una persistente llovizna cuando ya eran casi las 5:00 de la tarde. Pasamos por el lado de la Cueva de la Calavera pero no entramos a ella porque ya se había explorado a saciedad y no se había hallado muestras de pictografías y sólo un petroglifo adornaba su interior, y que tenía forma de calavera. Además esta no se hallaba en nuestro itinerario de exploración.

Llegados a la Cueva de Blackie colocamos el equipaje en el suelo y nos dedicamos a buscar petroglifos unos y posibles pictografías otros. Tan sólo se pudo localizar una pictografía cuyo motivo era el lagarto, motivo que se venía repitiendo en todas las cuevas ya visitadas y en las que aún no habíamos entrado en esta exploración.

Ya en la visita anterior yo había localizado varios petroglifos y los compañeros en esta ocasión encontraron varios más, muy elaborados, por cierto, que se nos habían pasado desapercibidos en la visita que yo realizara semanas antes.

Procedimos a fotografiarlos luego de ennegrecer el trazo de los grabados con carbón, pues los petroglifos allí son invisibles a simple vista. Hecho esto, y examinada a saciedad la cueva, nos dispusimos a abandonarla, pero la incesante llovizna ya se había convertido en fuerte y torrencial aguacero, por lo que tuvimos que esperar a que amainara.

Desde aquél lugar, contamplando en toda su majestuosidad los fenómenos naturales desatados se puede entender perfectamente por qué las cuevas significaban tanto para nuestros antepasados. Es el refugio ideal, donde se tiene un sentido de seguridad total, tal vez , el mismo placentero sentimiento que se siente, según los modernos psicólogos Freudianos, en la placenta materna.

¿Y quién puede refutarnos que nuestros antepasados no identificaran por ello las cuevas con el lugar del origen de los primeros hombres de Borinquén?

Pero esto eran sólo suposiciones que saltaban de un lado para otro en nuestras mentes mientras nos dábamos cuenta de que el aguacero había amainado y partíamos por el trillo que se encuentra al final de la cueva y que bordea al desfiladero que nos conduciría a la próxima cueva de la agenda: La Cueva de los Hombres Lagartos.

Ya eran casi las seis de la tarde y debido a lo nublado apenas si relucía un poco los rayos del sol por detrás de los mogotes que también lo ocultaban de nuestra vista. La lluvia caía a torrentes sobre la hondonada y el follaje todo parecía temblar de frío. En el silencio de la tarde sólo se escuchaba el monótono golpeteo de las gotas de lluvia sobre las copas de los árboles que sólo era interrumpido por uno que otro comentario nuestro...

La Cueva de los 'hombres lagarto' había sido anteriormente nombrada como "Cueva del Tunel" por la peculiaridad de que al cruzarla de un extremo a otro hay que, o bien pasar por debajo de un puente natural que hay en su interior, o bien por arriba, que resulta peligroso por lo resbaladizo del mismo. El primer lugar es insalubre, pero con todo, es más seguro pasar por allí, y así fue que lo hicimos.

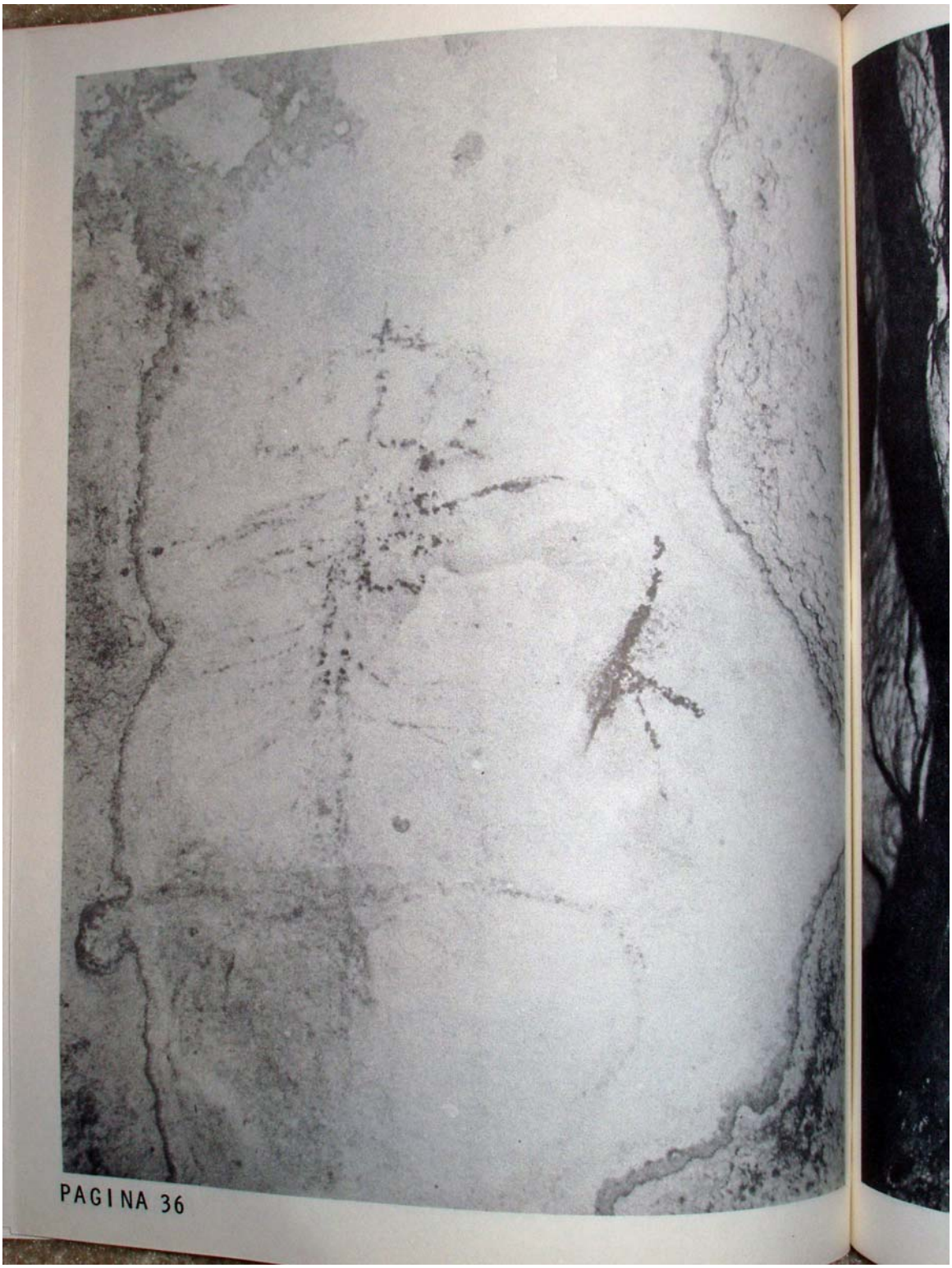
En los rincones de la entrada de la cueva ya habíamos encontrado una serie de pictografías muy curiosas por demás. Se trata de representaciones zoomorfas, especie de hombres-lagarto asumiendo distintas y extrañas poses. Las mismas están muy bien logradas.

A lo largo de las paredes del interior de la cueva también se han localizado pictografías, pero estas se hallan a tan gran altura y se hace tan peligroso escalar hasta donde se encuentran que en esta ocasión no se pudo estudiarlas. Se encuentran en lugares inaccesibles desde que el verdadero piso de la cueva se lo llevaron cuando se extraía de la misma el guano, el abono animal de los murciélagos y las golondrinas.. En algunos lugares el piso de la cueva ha bajado más de 30 pies y a ello se añade que las pinturas se han ido borrando por el proceso que ya explicáramos anteriormente...Al encontrarse pinturas en tales lugares es prueba de su antiguedad, pues el piso de las cuevas se lo llevaron mucho antes de que en Morovis alguien visitase las cuevas por placer. A esas alturas a que se hallan las pinturas era fácil para nuestros antepasados dibujarlas, porque se estaban parando en el piso original de la cueva.

Ya eran casi las 7:00 P.M. cuando terminamos el trabajo fotográfico en la cueva, el cual se llevó a cabo relativamente rápido. Ya el compañero Ovidio estaba hecho un experto en el arte de fotografiar pinturas rupestres y ello hizo que la labor se realizara con suma rapidez.

Bajamos por un sendero que lleva de nuevo al valle por el que cruza el Riachuelo, hacia el cual nos dirigimos de nuevo para tomar el camino de regreso a Barahona. Ya la lluvia había cesado totalmente para nuestra conveniencia y ya las últimas luces del crepúsculo creaban una sombra muy difusa sobre la grama del pequeño vallecillo. La sombra de los montes se va haciendo sobrecogedora a medida avanzábamos de regreso. Caminábamos bordeando el Riachuelo, como lo venía haciendo todas las noches el Pescador que quemó allí la cruz...

Lagartos
danzantes
PAGINA 35


PAGINA 36

PAGINA 37

Cuentan los viejos que una noche un pescador de Barahona no encontró con qué hacer luz para pescar en el Riachuelo y lo único que vió en su casa fue una cruz de tabonuco, e hizo lumbre con ella y se fue a pescar. A su muerte el Señor le impidió entrar a su reino hasta que no recogiese una por una todas las cenizas de la cruz que había quemado aquella noche. Desde entonces se dice ver la luz del pescador que recorre incesantemente el Riachuelo de arriba a abajo...

Ya eran casi las 8:00 P.M. cuando llegamos a casa. El pescador estaba por volver aquella noche al Riachuelo...

Miercoles, 28 de abril de 1976

Una vez regresamos de una visita que hicimos temprano en la mañana a un parque ceremonial indígena recientemente descubierto en Morovis, nos dirigimos hacia la finca de Don Franco Class, como le habíamos prometido en una ocasión anterior.

Esta vez dejamos el vehículo en el patio de su residencia y conversamos con él varios minutos, pues se encontraba muy atareado bregando con sus vaquitas. El nos indicó muy amablemente hacia que parte de su finca abundaban más las cuevas y decidimos explorar el área más cercana a la Cueva de las Palomas, la cual se había convertido en el centro desde el cual irradiaba el arte rupestre de la región.

Subimos un monte por un antiguo callejón de la finca y nos adentramos monte arriba hacia una enorme cueva que mostraba su enorme boca de frente al suroeste. Subimos y pudimos comprobar que se trataba propiamente de dos arcos o puentes de piedra; tal vez ambos formarían en el pasado una enorme cueva ahora derrumbada.

Pasamos por debajo del ramaje y llegamos al primer pórtico que servía a manera de vestíbulo a la cueva más grande y espaciosa que es la segunda. El primer arco carecía en absoluto de pintura o grabado alguno, cosa que pudimos comprobar luego de un examen de cada rincón del mismo.

Decidimos pues, examinar el segundo, que se nos mostró más prometedor: encontramos allí toda una nueva serie de pictografías en color negro que representaban muy fielmente ejemplares de la fauna aborigen como bruquenas, lagartos, etc. Estas pictografías aparecian junto a rostros antropomorfos que en otros lugares de Barahona habían aparecido en grabados, como el motivo de la "mujer tocada con la diadema".

En el suelo encontramos un montón de cenizas y piedras entremezcladas con restos de comida como bocas de bruquenas, quijadas de lagarto, mandíbulas de jutía, pequeño roedor que abundaba en la isla entonces y que es lo más parecido a un güimo.

Todas las pictografías encontradas eran de color negro, pero estuvo reservado a los compañeros encontrar pinturas de color rojo en una visita que hiciera el grupo en mi ausencia a la misma cueva para terminar de hacer el reconocimiento de la misma.

En esa ocasión el compañero Ovidio encontró un utensilio muy revelador al respecto del origen y elaboración de las pinturas. Era sólo "un chino" grisáceo de forma ovalada que estaba impregnado aún de una sustancia rojiza, que fue identificada como ocre rojo. El objeto era obviamente un primitivo majador de ocre, sustancia utilizada para preparar la pintura de las pictografías en color rojo. Habíamos descubierto las herramientas del artista, y tal vez uno de sus talleres.

En la misma cueva encontré un pequeño fragmento de cerámica con incisiones perteneciente al período cultural Taíno. Con este hecho y otros que se habían descubierto se podía formular provisionalmente la hipótesis de que se había encontrado asociado a los yacimientos de arte rupestre materiales pertenecientes a la cultura Taína, por lo cual se podía inferir que estos son los creadores del arte rupestre pictográfico. No hacíamos conclusiones al respecto porque ello resultaba prematuro aún, puesto que carecíamos de evidencias contundentes para atribuirles a nuestros antepasados más próximos cronológicamente hablando, la creación del arte rupestre en Boriquén, y con ello, negándoselo a las culturas que les precedieron, de las cuales ya se había encontrado evidencia de su establecimiento en Morovis.

Debíamos esperar a que se realizacen posteriores estudios que arrojasen más luz sobre este misterio.

Terminado allí el trabajo fotográfico, que en esta cueva en especial le resultara sumamente difícil al compañero Ovidio, dado lo incómodo de los lugares donde se hallaban las pictografías, seguimos de camino valle arriba en dirección oeste, como si camináramos en dirección de Ciales.

Desde las hondonadas entre los mogotes divisábamos muchas entradas de cueva y a veces subíamos hacia ellas, creyendo haber encontrado alguna cueva inexplorada, para comprobar muy tarde que se trataba de sólo un pequeño "bocao" o refugio rocoso labrado en la ladera del monte por la erosión de siglos. Y más de una vez confundimos una cabeza de comején con la entrada negrísima de una cueva. Por ello desistimos de buscar cuevas inexploradas, pues nos pareció que ya ese tipo de rarezas no se conseguían.

Regresamos una vez más cerca de la residencia de Don Franco, desde donde partimos en otra dirección a ver si podíamos localizar la famosa Cueva del Negro de la que ya habíamos conversado anteriormente. Sin embargo, pese a todas las indicaciones, aquella tarde no la pudimos localizar. Luego que atravesamos un monte entero lleno de bejucos y espinas, en los cuales nos enredamos durante el ascenso y el descenso, bajamos dificultosamente el monte donde se debía encontrar la cueva. Más de un alud de piedras se produjo durante la bajada y alguien estuvo a punto de quedarse enredado entre tantos bejucos y espinas que abundan en aquellos agrestes parajes

Cansados, desepcionados, sudados y hambrientos, luego de la bajada nos detuvimos a tomar agua en un pequeño manantial que brota naturalmente de la roca. Curiosamente, y a pesar de la sed que teníamos, notamos un leve sabor a gas en el agua, por lo que los del grupo comenzaron a bromear sobre la mina de gas natural o de petróleo que por allí cerca debía hallarse.

Pero como no andábamos en busca de pozos de petróleo, decidimos tomar de nuevo la ruta del Riachuelo que habíamos dejado a medio explorar la tarde anterior y hacia allá fue que nos dirigimos, siguiendo el camino del pescador...

PAGINA 39

IZQUIERDA: PINTURA RUPESTRE DE LA CUEVA DE LOS BEJUCOS. CORRESPONDE AL DISEÑO 146 DEL CATALOGO DE PINTURAS.

DERECHA: MURAL RUPESTRE DESCUBIERTO EN LA CUEVA DE LOS LAGARTOS Y FOTOGRAFIADO RECIENTEMENTE. (FOTOGRAFIA DE OSCAR VEGA MALDONADO).

Artistas anónimos

JUEVES, 29 DE ABRIL DE 1976

A mediodía, luego de mi regreso de un viaje que había tenido que realizar hasta San Juan, decidimos recorrer una de las áreas que restaban por caminar: el área oeste de la Cueva de las Palomas. Hacia allá nos dirigíamos cuando tropezamos sin querer con el mural de las pictografías de los caballitos.

Por el camino me enteraron de que habían encontrado la Cueva del Negro, en un viaje que realizaron durante mi ausencia por la mañana, y que habían sido guiados por uno de mis hermanos menores. Allí tampoco pudieron obtener muestras de arte rupestre.

Convenida la ruta a seguir aquella tarde, nos acercamos a la primera de las cuevas de la región, llamada la Cueva del Negro, al igual que la que nos había hablado don Franco, pero que nosotros bautizamos a nuestra conveniencia como la Cueva de los Bejucos y que también se conoce en la localidad como la Cueva de los dos Pisos por la peculiaridad de que se puede subir a un segundo piso de la misma mediante un estrechísimo túnel que atraviesa el techo.

La cueva atraviesa el monte y va a dar a un farallón de mas de 100 pies por donde es imposible bajar sin equipo de alpinismo. Como se trata de una cueva oscura estábamos indecisos sobre si buscar pinturas allí, pues creíamos que nadie las dibujaría donde no llegaba la luz diurna. Y resultó que a medida que nos adentrábamos iban apareciendo varias pinturas a pesar de la oscuridad en el interior de la cueva. Unas estaban muy deterioradas, pero otras dejaban ver motivos que las cualificaban como pinturas indígenas auténticas.

Nuestra creencia estaba mal fundada, como pudimos comprobarlo allí. Las condiciones de luminiscencia no habrían cambiado mucho allí desde la época de nuestros antepasados, por lo cual era evidente que debieron realizarlas con ayuda de luz artificial. Otro pequeño dato que ayudaba a arrojar un poco más de luz sobre el enigma que representa el arte rupestre de nuestros antepasados, los Primogénitos de Boriquén.

La Cueva Oscura también se encuentra en terrenos de la finca de Doña Eulogia, donde se hallan las demás cuevas cercanas a la Cueva de las Palomas. La Cueva Oscura no puede llevar otro nombre y su tamaño la hace semejante a una enorme catedral sumida en la oscuridad.

Una vez revisamos la entrada de la cueva, que la única parte donde existe claridad, y encontraramos allí tan sólo una pintura representando un hermoso lagarto, nos adentramos en su interior. A medida lo hacíamos nos íbamos tropezando con el muy conspicuo y respetado habitante de las profundidades cavernosas, el guabá; para unos el arácnido cuya picada causa la muerte y para otros, inofensivo y antisocial.

A pesar de estas consideraciones, decidimos guardarle el debido respeto, pues en aquellos oscuros parajes los intrusos éramos nosotros y no él. Los de aquí eran de casi ocho pulgadas de diámetro con sus patas extendidas.

CONTINUA ADELANTE

PAGINA 41

A medida que entrábamos notábamos la entrada de brisa, lo que era indicio de que debía tener una salida o toma de aire al final. A medida que íbamos pasando de bóveda en bóveda se podían ver claramente la inmensa cantidad de murciélagos que allí habita, que se podrían contar por miles.

Cuando el suelo de la cueva se tornó húmedo y no ofrecía mucha seguridad al pisar, decidimos regresar y dirigir nuestros pasos al área que habíamos abandonado la ocasión anterior. Nuestros pasos se dirigían ahora hacia la 'Cueva de la mata de guineo'.

Esta cueva fue provisionalmente llamada así pues desconocíamos su nombre tradicional. Fue bautizada así por la peculiaridad que indica su nombre, que invitaba a convertirla en un lugar ideal para cocinar una serenata...

La misma ya había sido visitada anteriormente pero ahora íbamos a comprobar la autenticidad de sus pinturas, cosa que ya era rutina. A la entrada el visitante se topa con un elaborado petroglifo, y varios que lo circundan. Además se comprobó allí la existencia de varias pinturas auténticas que representan pájaros, rostros antropomorfos y figuras de animales de la fauna autóctona, como el lagarto y el 'chillo de río.'

Con esta cueva se terminaron las labores de investigación y fotografía de ese día.

ABAJO: VISTA PARCIAL DE LA CUEVA DE LA MATA DE GUINEO EN LAS JURISDICCIONES DE LOS BARRIOS TORRECILLAS Y BARAHONA DE MOROVIS, PUERTO RICO.

VIERNES, 30 DE ABRIL DE 1976

Tomamos la ruta del Riachuelo donde la habíamos dejado el día anterior, para proseguir con la exploración del área que habíamos nombrado "Area del Riachuelo". Esta vez cruzamos por la finca de Don Jorge Cláss, primo de Don Franco y buena gente como él.

Pasamos cerca de La Cueva del Indio que es la cueva del área más rica en petroglifos, así como los más elaborados. La cueva fue una vez excavada por varios arqueólogos aficionados de San Juan, encontrándose entonces un enterramiento indígena junto a un ajuar mortuorio consistente en hachas petaloides de distintos tamaños así como vasijas, restos de comida y varios restos de aninales extintos ya para la llegada de los españoles a la isla. Aparecieron allí tambien una serie de dientes de tiburón fósiles de gran tamaño que los arqueólogos aficionados no pudieron identificar y los dieron por "picos fósiles de aves de rapiña..."

Seguimos Riachuelo arriba y llegamos a una hondonada entre mogotes donde se encuentra, veinte o treinta pies más arriba subiendo por la ladera del monte, la ya mencionada Cueva de la Calavera. Varios del grupo decidieron entrar a su interior para cruzarla hasta el otro extremo, que no es propiamente la salida por resultar inaccesible por allá. Otro compañero y yo permanecimos a la entrada de la misma.

En el interior de la misma, mientras se camina a gatas sobre el suelo se alcanza una bóveda más ancha y más ventilada donde sólo se ve una penumbra. Allí abunda la fauna característica de estos recintos cavernosos como el guavá y la poco conocida "cucaracha del país" que es prácticamente un "fósil viviente", pues es una de las criaturas que menos ha cambiado a lo largo de su millonaria existencia.

La cucaracha de nuestra historia no sale de la cueva donde vive y se alimenta de insectos. Es bastante grande y no vuela, limitándose a esconderse detrás de los rincones más oscuros de la cueva cuando ve la luz de la linterna. Tal vez por esta serie de características nos resulte un bicho tanto simpática, porque no inspira el terco de las cucarachas voladoras, o tal vez porque no haya venido en los galeones de los españoles ni en las cajas de cerveza extranjera...

Una vez registrada la cueva sin éxito alguno en busca de pinturas intentamos seguir el viejo camino hacia el pueblo de Ciales via Cueva de las Archillas, que ya se encuentra cerca de los limites municipales de Ciales y Morovis.

PAGINA 43

Pero como no recordabamos bien la trayectoria, sólo dimos vueltas y más vueltas en el mismo lugar para sólo regresar al punto de partida. Durante este recorrido, sin embargo, pudimos observar muy bien una serie de fallas geológicas, montes completos cuyos cimientos se han fracturado, abriéndose el monte por la mitad prácticamente, pudiéndose ver a través del mismo pequeños riachuelos varias decenas de metros más abajo.

En tales lugares abunda la bruquena, de lo cual tuvimos una buena demostración en una de las cuevas por donde cruza un pequeño río subterráneo. Pero como no andábamos en menesteres de pesca, abandonamos el área en vista de una nublazón que amenazaba con'bautizarnos'aquella tarde si no apresurábamos el paso.

Abandonamos pues el intento de encontrar nuevas cuevas en el área del Riachuelo y decidimos tomar la ruta del Crematorio que se halla en el barrio Barahona, muy cerca de donde nos hallábamos.

Por esta área hay una serie de cuevas de tamaño considerable, pero en ninguna de ellas encontramos indicios de pinturas rupestres. En una de ellas, a medida que se profundiza, se va sintiendo que el aire se enrarece y se hace dificultosa la respiración. Ello es producto de la murcielaguina en suspensión y a que el aire no corre debido a que la cueva no tiene salida. Entramos a esta y llegamos a una bóveda donde se hallaban colgados miles de murciélagos, que al ver nuestras linternas se revolcaron. Al esto ocurrir pareció como si todos los murciélagos se robaron el aire de la cueva y nos sentimos asfixiados, lo que nos hizo salir de inmediato.

Las paredes de aquella cueva se llenaban de guavás, que en la oscuridad lucen más grandes ayudados por la imaginación y los temores de quien los conoce o ha escuchado cuentos sobre su peligrosa mordedura. Salimos y pudimos comprobar que había caído un torrencial aguacero, del cual no habíamos escuchado caer ni una sola gota en el interior de la cueva. Con la visita a esta cueva terminaron las expediciones de aquel día y se pospusieron oficialmente hasta el proximo viernes.

Sábado, 1 de mayo de 1976

El sábado en la mañana tomamos la ruta del vecino pueblo de Ciales, donde estuvimos parte de la mañana conversando con personas versadas o interesadas en las cuestiones arqueológicas y luego nos dirigimos hacia un lugar de Ciales donde existió un gran poblado indígena, de tal magnitud que quizá se podría comparar al de Caguana en Utuado.

El lugar ha sido víctima de saqueadores de reliquias indígenas y de toda clase de curiosos.

Allí pudimos comprobar la existencia de una enorme depresión artificial en el terreno de varias decenas de pies de longitud y de ancho, que corresponde a una enorme plaza ceremonial indígena. A sus extremos se pueden ver aún los enormes monolitos pétreos que ser vían evidentemente de borde a la plaza ceremonial cuando estaban erguidos y alineados. Además se pueden recoger allí muestras de cerámica y una serie de instrumentos de piedra de nuestros antepasados. Bajo estas consideraciones, pensamos que el aquel lugar bien pudo haber estado asentado un gran poblado y uno de los centros ceremoniales más grandes del centro-norte de la isla, comparable al de Manatí, Utuado o Ponce.

De Bateyes partimos cuesta arriba en dirección a los montes calizos de Las Cabachuelas, donde vive un personaje típico de Ciales y Morovis. Este es Don Yito Ocasio, personaje inseparable del paisaje de las cabachuelas, donde nació y se crió, y donde siempre ha vivido y morirá, como él mismo nos lo ha dicho, y se lo creemos.

Cariñosamente conocido por todos como 'El Ermitaño', don Yito tiene su morada al lado de la famosa Cueva de las Archillas. Nos dice que se halla muy feliz en su'palacio de tablas de palma y zinc!

Hacia allá fuimos y nos lo encontramos cultivando su talita de batata y guineo, y tan ensimismado se hallaba en su labor que apenas contestó nuestro saludo, cosa muy usual en él. Pero de momento se levanta del suelo y le echa una'jalá'al cachimbo y le suelta a uno sus vivos monólogos, a los cuales uno no se puede escapar.

Don Yito suele ser muy cordial y simpático, y se conoce por sus increíbles historias, como aquella del bejuco de calabaza que nació debajo de la cocina y creció tanto que arrancó los socos hasta que un día su señora se vió imposibilitada de'trasinar'en la cocina y Don Yito decidió investigar lo que ocurría; metiéndose debajo de la cocina y descubriendo la calabaza, la cual picó con un hacha y de ella comió medio Ciales... Y Dios libre que uno se le ría enfrente porque pierde uno un amigo...

Le comunicamos a Don Yito que íbamos a dar una vuelta por la Cueva de las Archilla, la cueva más famosa de todo los contornos y probablemente la más visitada, pues en sus paredes se ven fechas del siglo pasado. La misma constituyó por mucho tiempo refugio y albergue para innumerables familias de Morovis, incluyendo la de Don Yito.

De la cueva se cuenta que allí alguien había logrado ver una serie de baúles de barro y que varias personas que intentaban subir al segundo piso donde se hallaba el supuesto tesoro eran misteriosamente empujados por el indio que, segun Don Yito, guardaba el tesoro.

La cueva se halla cubierta casi totalmente por una alfombra de fechas que datan desde el siglo pasado, la cual es un obstáculo para discernir las pinturas que allí dibujaron también nuestros antepasados.

Las pinturas allí observadas se encuentran en avanzado estado de deterioro y si algo queda de ellas aún es gracias a la fenomenal altura a que se encuentran, donde el vandalismo no las ha podido alcanzar ya. Estas pinturas reproducen rostros antropomorfos y también cuenta con un diseño muy peculiar del arte rupestre indígena: la espiral.

A medida avanzaba la tarde la cueva se iba llenando de visitantes que venían a acampar o de jira familiar. Nos entretuvimos observando los muchachitos desde una de las partes prominentes y vimos que estos comenzaron a organizar una serie de piedras de las que estaban en el suelo y a colocarlas en círculo. Luego barrieron el lugar, mientras nos engotábamos para verlos jugar, y un pensamiento cruzó por nuestra mente: los indios estamos vivos aún...ahora es que comenzamos a encontrarnos...

PAGINA 45

PAGINA 46

NOTA DE
EL CATA
LAS EXI
QUE SE
CABACHU
BRIR TO
MO EN C
NAL DEL
ES POSI
SIMPLE
DE ESTE
PAR.

ANEXO

CATALOGO DE PINTURAS

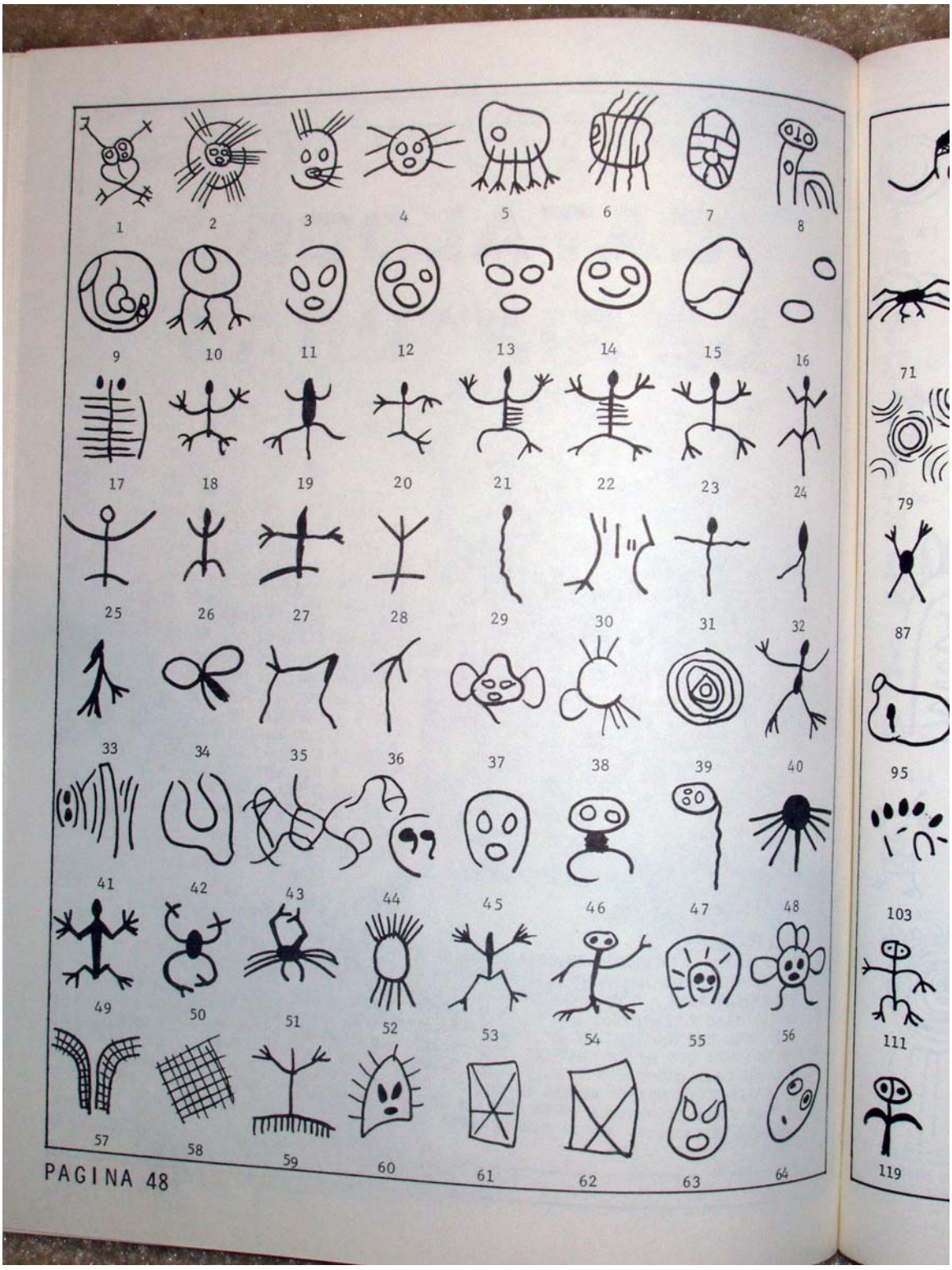
INDICE

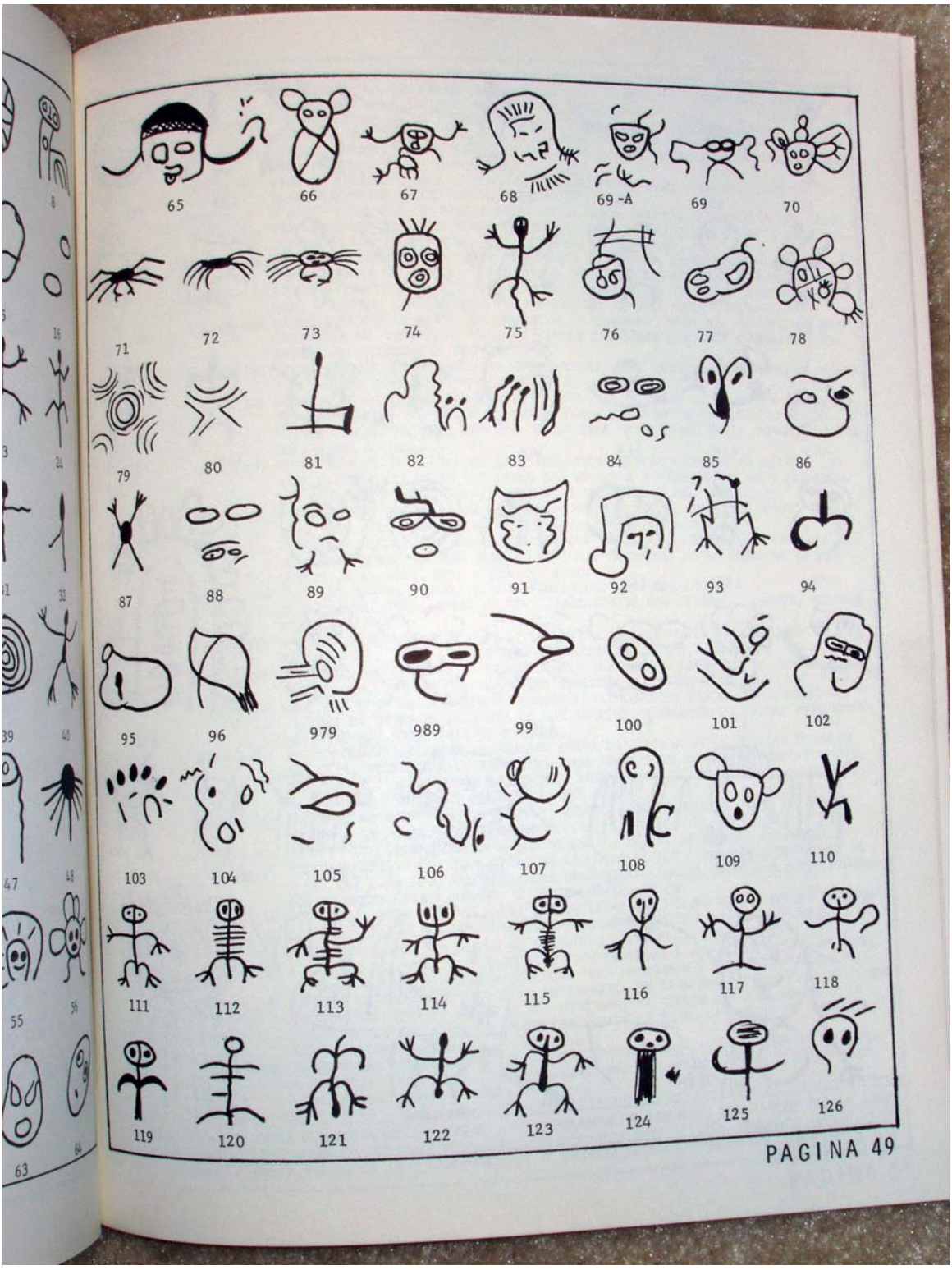
1 - 36: CUEVA DE LOS GEMELOS
37 - 41: CUEVA DE LAS ARCHILLA
42 - 59: CUEVA DE LAS GOLONDRINAS
60 -109: CUEVA DE LAS PALOMAS
110 : CUEVA DE BLACKIE
111-126: CUEVA DE LOS LAGARTOS
127-131: CUEVA DE LA MATA DE GUINEO
132 : CUEVA OSCURA
133-139: CUEVA DEL MACHITO
140-148: CUEVA DE LOS BEJUCOS
149-150: CUEVA DE FRANQUEZ
151 : CUEVA DE LA MATA DE GUINEO
152 : CUEVA OSCURA
153 : CUEVA DEL MARCIANO
154 : CUEVA DE LAS PALOMAS
155 : CUEVA DE LOS CABROS
156-162: CUEVA MALDITA
163-169: CUEVA DE LOS LAGARTOS

NOTA DEL AUTOR

EL CATALOGO DE PINTURAS INDIGENAS QUE SE INCLUYE EN ESTE APENDICE AL DIARIO DE LAS EXPEDICIONES ARQUEOLOGICAS EN MOROVIS FUE REALIZADO POR EL AUTOR A MEDIDA QUE SE LLEVABAN A CABO LAS EXPEDICIONES A LAS DISTINTAS CUEVAS DEL AREA DE LAS CABACHUELAS EN MOROVIS. POSTERIORES VISITAS A LAS MISMAS NOS PERMITIERON DESCUBRIR TODA UNA NUEVA SERIE DE PICTOGRAFIAS TANTO EN LAS CUEVAS YA VISITADAS COMO EN OTRAS QUE NO HABIAMOS EXPLORADO PARA 1976. LAS MISMAS SE INCLUYEN AL FINAL DEL CATALOGO Y ES POR ESA RAZON QUE SE REPITEN LOS NOMBRES DE LAS CUEVAS. ES POSIBLE QUE EXISTA ALGUNA DIFERENCIA ENTRE EL DIBUJO HECHO A MANO MIRANDO A SIMPLE VISTA LA PINTURA EN LA CUEVA Y LA FOTOGRAFIA QUE SE INCLUYE A LO LARGO DE ESTE TRABAJO, YA QUE LA CAMARA CAPTA DETALLES QUE EL OJO HUMANO DEJA ESCAPAR.

PAGINA 47


1 2 3 4 5 6 7 8
9 10 11 12 13 14 15 16
17 18 19 20 21 22 23 24
25 26 27 28 29 30 31 32
33 34 35 36 37 38 39 40
41 42 43 44 45 46 47 48
49 50 51 52 53 54 55 56
57 58 59 60 61 62 63 64
PAGINA 48
71
79
87
95
103
111
119


65
66
67
68
69 -A
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
979
989
99
100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
PAGINA 49

GUIA FOTOGRAFICA

GUIA FOTOGRAFICA

PAGINA 01: DISEÑO DE LA PORTADA. PINTURAS RUPESTRES RECIEN DESCUBIERTAS POR EL AUTOR Y MIEMBROS DE LA AGRUPACION PALEONTOLOGICA Y ARQUEOLOGICA MOROVEÑA. COLOR: N. FOTOGRAFIAS DE OSCAR VEGA MALDONADO Y EDWIN MORALES COLON.(#168 -CATALOGO).

PAGINA 02: PINTURA POLICROMA DE ALMIRANTE SUR, VEGA BAJA.COLORES: ROJO Y NEGRO. FOTOGRAFIA DE OVIDIO DAVILA DAVILA.FOTO COMPUESTA. (#162 -CATALOGO).

PAGINA 05: PINTURA MONOCROMADA DE ALMIRANTE SUR. COLOR ROJO. FOTOGRAFIA DE ROBERTO MARTINEZ TORRES. (#158- CATALOGO).

PAGINA 07: PINTURA POLICROMA DE LA CUEVA MALDITA. COLORES: ROJO Y NEGRO.FOTOGRAFIA DE ROBERTO MARTINEZ.(#159 EN EL CATALOGO).

PAGINA 09: PINTURA POLICROMA EN ROJO Y NEGRO DE LA CUEVA MALDITA. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 11: GRABADO INDIGENA DE LA CUEVA DE LAS PALOMAS. EL UNICO QUE QUEDA DE TRES DESCUBIERTOS POR EL AUTOR EN 1976. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 13: PINTURA INDIGENA DE LA CUEVA DE LA MATA DE GUINEO. REPRESENTA PROBABLEMENTE UNA GUABARA O UN CHILLO DE RIO.COLOR: NEGRO. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.(# 129).

PAGINA 15: PINTURA MONOCROMADA DE LA CUEVA DE LAS PALOMAS. SE TRATA DE UN ROSTRO FEMENINO INDIGENA. COLOR NEGRO. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.(#65 EN EL CATALOGO).

PAGINA 17: VISTA A TRAVES LA CUEVA DEL MARCIANO EN BARAHONA, MOROVIS. ALLI FUERON DESCUBIERTAS RECIENTEMENTE VARIAS PINTURAS INDIGENAS MUY BIEN ELABORADAS. VER PAGINA 45. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 19: VISTA PARCIAL DE LA PARED QUE CONTIENE UN MURAL INDIGENA COMPUESTO DE MAS DE 100 MOTIVOS EN COLOR NEGRO. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 20: DETALLE DE LA FOTOGRAFIA ANTERIOR (PAG. 19).SE TRATA DE UN MOTIVO NO INDIGENA.POSIBLEMENTE REPRODUCE UNA MULA. FORMA PARTE DE LO QUE TAL VEZ SEA EL PRIMER EJEMPLO DE ARTE RUPESTRE DE LA ISLA DE LA EPOCA DE LA CONQUISTA. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 21: OTRO SEGMENTO DEL MURAL DE LOS CABALLITOS. NOTESE FIGURAS MAS NITIDAS Y OTRAS DESTEÑIDAS, EN LO QUE PUEDE SER UN MURAL SUPERPUESTO A OTRO MAS ANTIGUO CON MOTIVOS TIPICAMENTE INDIGENAS. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 23: VISTA DE UNA DE LAS CUEVAS EN LAS SELVAS MOROVEÑAS. FOTO DEL AUTOR.

PAGINA 24: PARTE DEL MURAL DE LOS CABALLITOS. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 25: DETALLE DEL MURAL DE LOS CABALLITOS. LA FIGURA PRINCIPAL TIENE UNA GRAN SEMEJANZA CON UNA SILUETA HUMANA VESTIDA A LA USANZA DE LA EPOCA DE LA CONQUISTA DE LA ISLA. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 26: OTRO DETALLE DEL MURAL DE LOS CABALLITOS. FOTO DEL AUTOR.

PAGINA 27: MOTIVO USUAL EN EL MURAL DE LOS CABALLITOS DE SIGNIFICADO INCIERTO. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 29: PINTURA MONOCROMADA EN NEGRO DE LA CUEVA DE LOS GEMELOS EN BARAHONA.LA FIGURA LE DA EL NOMBRE A LA CUEVA. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.(#1 en el CATALOGO).

PAGINA 30: OTRA PINTURA EN NEGRO DE LA CUEVA DE LOS GEMELOS. REPRODUCE EL MOTIVO DEL LAGARTO, MUY FRECUENTE EN EL ARTE RUPESTRE DEL AREA. FOTO DEL AUTOR.(#24)

PAGINA 31: LO DICHO PARA LA ANTERIOR ES VALIDO PARA ESTA OTRA PINTURA.(#21-CATALOGO)

PAGINA 32: PINTURA EN NEGRO DE LA CUEVA DE LOS GEMELOS. REPRODUCE UN ROSTRO ANTROPOMORFO. FOTO DEL AUTOR. (#2 -CATALOGO).

PAGINA 33: RECIEN DESCUBIERTAS EN LA LLAMADA CUEVA DE BLACKIE ESTAS HUELLAS DE MANOS PEQUEÑAS, PROBABLEMENTE FEMENINAS, SON INDICIO DE QUE DICHAS CUEVAS FUERON UTILIZADAS PARA PREPARAR LA PINTURA ROJA A BASE DE OCRE ROJO POR NUESTROS ANTEPASADOS INDIGENAS. FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 35: PINTURAS EN NEGRO QUE REPRODUCEN SILUETAS DE HOMBRES-LAGARTO. LE DAN EL NOMBRE A LA CUEVA. FOTO DEL AUTOR. (# 113 y # 111 DEL CATALOGO).

PAGINA 36: OTRO HOMBRE LAGARTO DE LA CUEVA DE LOS LAGARTOS. (# 115 DEL CATALOGO).

PAGINA 37: SINGULAR MOTIVO EN COLOR NEGRO DE LA CUEVA DE LOS LAGARTOS. CORRESPONDE AL # 167 DEL CATALOGO. RECIENTEMENTE DESCUBIERTO POR EL GRUPO A.P.A.M. FOTOGRAFIA DE OSCAR VEGA MALDONADO Y EDWIN MORALES COLON.

PAGINA 39: MONUMENTAL DISEÑO DE LA CUEVA DE LOS LAGARTOS. COLOR: NEGRO. ROSTRO RODEADO POR UNA SERIE DE CIRCULOS CONCENTRICOS REMATADOS POR BARBAS Y ESFERAS EN LA PARTE SUPERIOR. (# 169 EN EL CATALOGO). FOTOGRAFIA DEL AUTOR.

PAGINA 41: TOTALIDAD DEL MURAL DE LA CUEVA DE LOS LAGARTOS A MAS DE 15 METROS DEL SUELO DE LA CUEVA. FOTOGRAFIA DE OSCAR VEGA MALDONADO Y EDWIN MORALES COLON.

PAGINA 43: PINTURA EN NEGRO QUE REPRODUCE UN LAGARTO. DE LA CUEVA OSCURA. FOTO DEL AUTOR

PAGINA 45: PINTURA RUPESTRE DE LA CUEVA DEL MARCIANO. EL DISEÑO LE DA EL NOMBRE A LA CUEVA. NOTESE EL PARECIDO ENTRE ESTE DISEÑO Y EL DE LA PAGINA 37. FOTO DEL AUTOR. COLOR: NEGRO.

PAGINA 46: INTEGRANTES DE LA AGRUPACION PALEONTOLOGICA Y ARQUEOLOGICA MOROVEÑA. DE IZQ. A DERECHA: OSCAR VEGA MALDONADO, EDWIN MORALES COLON ,ADY A. NEGRON ADORNO, EDWIN ADORNO COLON Y JORGE.

SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LA PRIMAVERA DE 1981 EN EL BARRIO BARAHONA DE MOROVIS, PUERTO RICO POR LA AGRUPACION PALEONTOLOGICA Y ARQUEOLOGICA MOROVEÑA.FOTOGRAFIA,MECANOGRAFIA,ARTE, DISEÑO, COMPOSICION POR EL AUTOR: ROBERTO MARTINEZ TORRES.TIRADA DE 1000 EJEMPLARES EN SU PRIMERA EDICION. PRECIO POR EJEMPLAR: $10.00

Y LA

A.P.A.M.

EL MAPA ES LA PRIMERA REVISTA PALEONTOLOGICA Y ARQUEOLOGICA DE PUERTO RICO. FUE FUNDADA EN 1978 POR ROBERTO MARTINEZ TORRES, OSCAR VEGA MALDONADO, EDWIN MORALES COLON Y JORGE MONTES MARTINEZ, PARA ENTONCES INTEGRANTES DE LA AGRUPACION PALEONTOLOGICA Y ARQUEOLOGICA MOROVEÑA. DE BOLETIN MIMEOGRAFIADO DEL GRUPO SE CONVIRTIO EN LA PRIMERA REVISTA EN LA ISLA EN TRATAR EL TEMA ARQUEOLOGICO, PALEONTOLOGICO E HISTORICO. ENTRE SUS COLABORADORES FIGURARON EL ARQUEOLOGO OVIDIO DAVILA DAVILA Y EL HISTORIADOR JUAN MANUEL DELGADO. EN LAS DIEZ EDICIONES QUE VIERON LA LUZ APARECIERON REPORTAJES SOBRE LOS HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS DEL GRUPO EN LO RELACIONADO AL ARTE RUPESTRE INDIGENA DEL AREA NORTE CENTRAL EN ESPECIAL.ACTUALMENTE EL GRUPO SE MANTIENE REALIZANDO INVESTIGACIONES RELACIONADAS CON LAS CULTURAS QUE HABITARON EL AREA, EN ESPECIAL LAS CULTURAS ARCAICAS Y TAINAS, DE LAS CUALES SE HAN ENCONTRADO EVIDENCIAS FEHACIENTES. TAMBIEN SE ESTA ORGANIZANDO EL PRIMER ARCHIVO FOTOGRAFICO DE LA PINTURA RUPESTRE DE PUERTO RICO Y UN CATALOGO DE GRABADOS INDIGENAS DEL AREA NORTE-CENTRAL QUE VERA LA LUZ OPORTUNAMENTE. EL GRUPO HA RECOGIDO LA COLECCION DE FOSILES DE PUERTO RICO MAS GRANDE QUE EXISTE EN LA ACTUALIDAD, DE LA CUAL SE ESTA PREPARANDO UN CATALOGO, QUE SE ESPERA APAREZCA PUBLICADO PRONTO.EXHORTAMOS A LOS INTERESADOS EN EL TEMA A QUE SE DIRIGAN POR CORREO A NOSOTROS Y LES INFORMAREMOS MAS DETALLADAMENTE DE NUESTROS TRABAJOS CIENTIFICOS.-A.P.A.M.-